

MARIAH STONE



*EL PLACER
DEL PIRATA*

AL TIEMPO DEL PIRATA



EL PLACER DEL PIRATA

Al tiempo del pirata Libro 2



MARIAH STONE

Traducción:

CAROLINA GARCÍA STROSCHEIN



ÍNDICE

[Estás invitado](#)

[Otras Obras de Mariah Stone](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Otras Obras de Mariah Stone](#)

[Estás invitado](#)

[Reseña](#)

[Acerca del Autor](#)

ESTÁS INVITADO

¡Únete al boletín de noticias de la autora en mariahstone.com para recibir contenido exclusivo, noticias de nuevos lanzamientos y sorteos, enterarte de libros en descuento y mucho más!

¡Únete al [grupo de Facebook](#) **El salón del romance histórico** para echarle un vistazo a los libros que está escribiendo, participar en sorteos exclusivos e interactuar directamente con la escritora!

Copyright © 2021 Mariah Stone

Todos los derechos reservados.

La siguiente es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y eventos que se mencionan en ella son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier similitud con personas vivas o muertas, negocios, empresas, sucesos o tiendas que existan en la actualidad o hayan existido en el pasado es puramente casual.

Título original: Pirate's Pleasure © 2020 Mariah Stone

Traducido al español de Latinoamérica

Traducción: Carolina García Stroschein

Diseño de portada: Dal Albert

OTRAS OBRAS DE MARIAH STONE

AL TIEMPO DEL HIGHLANDER

Sineag

[La cautiva del highlander](#)

[El secreto de la highlander](#)

[El corazón del highlander](#)

El amor del *highlander*

La navidad del *highlander*

El deseo del *highlander*

La promesa de la *highlander*

La novia del *highlander*

En 2022 se publicarán más novelas

AL TIEMPO DEL PIRATA:

El tesoro del pirata

El placer del pirata

En Inglés

CALLED BY A VIKING SERIES (TIME TRAVEL):

[One Night with a Viking \(prequel\)— lese jetzt gratis!](#)

[The Fortress of Time](#)

[The Jewel of Time](#)

[The Marriage of Time](#)

[The Surf of Time](#)

[The Tree of Time](#)

A CHRISTMAS REGENCY ROMANCE:

Her Christmas Prince

CAPÍTULO I



Museo Ciudad de Piratas, isla Jade, islas Bahamas,
agosto de 2019

LISA

COLE *EL NEGRO* TIENE ALGÚN EFECTO SOBRE MÍ. ME encuentro en una suerte de trance observando sus ojos ónix detrás de sus párpados bajos. Una barba incipiente le cubre el mentón definido, y una cicatriz le atraviesa la mejilla. Lleva el largo cabello oscuro amarrado detrás de las orejas en una media cola, mientras el resto le cae por debajo de los hombros. Sus rasgos son duros y elegantes. Peligrosos. ¿Cómo es posible que una pintura enmarcada me genere este sentimiento? A lo mejor este es el tipo de estupor que le provoca una serpiente a un ratón antes de lanzarse sobre él y tragárselo vivo.

Siento un codazo en las costillas que me sobresalta. Miro de reojo a Samantha, mi mejor amiga, que está de pie a mi lado en el Museo Ciudad de Piratas. Observa el retrato de James *Príncipe*

Barrow, colgado al lado del de Cole. Entre las pinturas, hay dos colgantes de jade antiguos, expuestos contra la pared.

—¡Qué atractivo! —Fija la mirada en James—. Y, aun así, no logró encontrar una cita para ir al baile.

Observo el cabello dorado, los ojos violetas, el mentón cuadrado y la nariz en alto de James. Es todo lo contrario a Cole. A decir verdad, James es el tipo de hombre por el que me suelo sentir atraída, el típico Príncipe Encantador.

Así era Hank, mi ex prometido.

—Pero, ¿quién no querría ir al baile con él, Samantha? —pregunto y siento que se me forma un nudo en la garganta—. Ningún hombre debería verse así de guapo.

El pensar en Hank me distrae y me provoca un dolor en la piel similar al de una ducha helada luego de un baño de inmersión cálido. Él era todo lo que yo siempre había querido. La mente me da vueltas, los ojos me pican, pero no hay lágrimas, gracias a las tres piñas coladas que Samantha me hizo beber en el desayuno.

Samantha pone los ojos en blanco.

—Pues, yo no iría. —Señala el retrato de Cole—. El otro sujeto es mi tipo.

Sigo mirando a James. Es más seguro. Me temo que, si vuelvo a mirar al Señor Peligro, se saldrá del retrato, me arrojará sobre un hombro y me llevará lejos para hacer cosas obscenas y perniciosas conmigo. Placeres prohibidos y salvajes. El tipo de cosas que las chicas decorosas como yo no deberían anhelar.

—Se me ocurrió que podríamos animar un poco nuestra vida sexual —recuerdo que dijo Hank.

—¿Estás aburrido de mí? —le pregunté mortificada, mientras el sudor me resbalaba de la piel como hielo derretido.

Él bajó la mirada.

—Pues, sí, nena. Tienes muchas reglas. Que las luces apagadas, que ni hablar de sexo oral, que ni...

Dejó de hablar, suspiró y me miró. Mis brazos y mis piernas se sentían como algodón húmedo.

—¿Y si vamos a uno de esos intercambios de pareja para que puedas sentir otros placeres? —me sugirió.

—¿Quieres acostarte con otra mujer? ¿Tan aburrido estás de mí?

El recuerdo me da vueltas en la mente y me genera dolor de cabeza. Niego con la cabeza y me obligo a mirar a Cole con la esperanza de que logre distraerme.

Cole es diferente a Hank. Mientras que Hank es el encanto personificado, es evidente que Cole es un predador que usa a las mujeres para su propio placer, como si fuera su dueño. Es probable que las deslumbró, como a mí, y después las subyugó a su poder. Al final, las termina descartando. Decido que él tiene miedo de amar.

Miedo de resultar herido.

Si los hombres como él se abrieran al amor, no sentirían la necesidad de acostarse con otras mujeres.

Él me hace acordar a alguien que conozco: a Samantha.

—Ah, sí, Cole *el Negro* parece ser más tu tipo, Samantha —coincido—. Al igual que tú, necesita alguien que ame su alma perdida.

Ella suelta un resoplido, pero yo sonrío y niego con la cabeza. Ella se merece la felicidad absoluta al lado del hombre indicado. Creo que la terminará encontrando.

Creo que, a pesar de lo de Hank, yo también la encontraré. Por más que esté pasando lo que debería haber sido nuestro quinto aniversario con Samantha. Y que tenga el corazón hecho añicos.

Como soy una persona leal, estaba dispuesta a trabajar en nuestra relación. Y él... él solo quería acostarse con otras mujeres.

—No puedo hacer eso —le contesté.

—Entonces, se acabó —determinó.

Y aquí estoy.

Siento náuseas en el estómago y volteo el rostro hacia la brisa que se cuele por la ventana abierta y acarrea el aroma a mango, pera y piedras calientes. A lo lejos, se ve el destellante tono azul oscuro del océano Atlántico bajo el sol.

El guía turístico personal que contrató Samantha arquea las cejas. Adonis es un isleño que lleva puesta una camiseta blanca, una pañoleta de un rojo intenso en la cabeza, un colgante de cuentas de colores, y tiene consigo una serpiente viva.

—No tengas miedo —me dice Adonis.

—No tengo miedo —le aseguro y me acerco para ver a la serpiente que se retuerce y saca la lengua en el aire.

—¿Estás loca? Aléjate de ese bicho —me ordena Samantha.

Sonrío, entretenida por haberla sorprendido. Ella cree que me conoce, pero hay cosas que nunca le he contado. Como mi fantasía de que Hank me tomara y me dominara porque no hubiera podido seguir respirando si no lo hacía. La realidad era que siempre me hacía hacer casi todo el trabajo y, en muy pocas ocasiones, me hizo acabar.

—¿Hablas en serio, Sam? —pregunto mientras observo a la serpiente—. Nunca he albergado a ninguna serpiente en mi hotel.

Adonis me mira lleno de curiosidad.

—¿Tienes un hotel?

—Un hotel de mascotas en Nueva Jersey. —Le sonrío a la serpiente—. Me encantan los animales. Tengo tres perros y dos

gatos, todos adoptados. Los dejé con mis padres, pero los echo mucho de menos.

Samantha suspira.

—Qué buena manera de darle uso a tu título de la Universidad de Nueva York: abrir un pequeño negocio en una zona aún más pequeña y no poder contratar a más de dos empleados. Podrías tener algún trabajo en los medios, como yo, y vivir en Manhattan. Podríamos comprar apartamentos en el mismo edificio y vivir una al lado de la otra.

—Oh, detente, Sam. Me encantan mis clientes peludos, y el negocio va de maravillas.

Ella pone los ojos en blanco, y Adonis retoma la historia de James. Cole y James eran amigos: los dos eran piratas y los dos capitaneaban sus propios navíos. Habían asaltado un barco español y conseguido un gran tesoro, pero James se vio en apuros y tuvo que luchar por su vida. Cole terminó quedándose con todo el tesoro, pues habían acordado que, si algo salía mal, el que tuviera el tesoro lo dividiría con el otro cuando las aguas se hubieran calmado.

—Cole mantuvo su palabra y escondió la parte del tesoro que le correspondía a James —nos cuenta Adonis con una sonrisa taimada.

—¿Ves? —exclamo—. Te dije que Cole era un alma perdida. Se podría haber quedado con todo el tesoro, pero no lo hizo. Solo se necesita un poco de amor para abrir el corazón.

Samantha niega con la cabeza.

—Me asombra que sigas siendo una romántica incurable tras tu ruptura.

Adonis se ríe entre dientes y parece intercambiar una mirada cómplice con la serpiente. Frunzo el ceño. ¿Será que me lo acabo de imaginar?

Adonis nos sigue contando que James necesitaba una cita para acudir al baile del gobernador y así robar la tercera pista que le había enviado Cole. Para lograrlo, necesitaba a una mujer que se hiciera pasar por su esposa.

Sin embargo, como no consiguió que nadie lo acompañara, James nunca encontró el tesoro, ni sentó cabeza como tanto había anhelado. Cuando regresó a Bristol, lo colgaron por haber cometido actos de piratería. La historia es tan triste que se me ciñe el pecho.

—Ojalá hubiera encontrado a una mujer que lo ayudara —señalo, y Adonis parece ocultar una sonrisa.

—¿Alguna vez se encontró el tesoro? —pregunta Samantha.

—Sí. Con el tiempo. Estos dos colgantes —señala las joyas con pendientes de jade— son réplicas. Dos collares idénticos para dos hermanas gemelas de la nobleza española. Cole se quedó con uno y puso el otro en el botín de James.

—¿Por qué el jade? —pregunta Samantha.

—En el vudú, dicen que el jade es la gema del amor; es tan fuerte que las personas se pueden encontrar en cualquier sitio. Incluso a través del tiempo.

Samantha y yo intercambiamos una mirada, y sé que todo esto le parece ridículo. Aunque toda esta charla de encontrarse a través del tiempo y del vudú no sea cierta, la noción del amor atemporal me parece de lo más romántica.

—¿Les gustaría probárselos? —nos pregunta Adonis.

—¿Qué? —responde Samantha—. ¿No está prohibido tocar las cosas del museo?

Adonis sonrío.

—Cuando yo soy el guía, no.

Sonrío. Samantha me trajo aquí para distraerme y darme una aventura. Así que, aquí vamos.

—¡Sí! —exclamo—. ¿Por qué no? De todas formas, son réplicas, ¿no?

Adonis toma los colgantes y nos da uno a cada una. Cuando el metal frío aterriza sobre mi palma, siento un estremecimiento similar a un zumbido. Lo más probable es que se deba a que estoy muy entusiasmada... y un poquito ebria. Pero el colgante es bonito. Es de oro pálido, y es evidente que lo han hecho a mano. Alrededor de la piedra de jade tiene un diseño de sol tan delicado como el encaje. Con todos esos puntos y capas, me tiene hipnotizada; es como si representara todo el universo.

—Sí, solo son réplicas —nos asegura Adonis—. Pruébenselos. Adelante.

—No lo sé. —Samantha niega con la cabeza y le ofrece el colgante de regreso—. ¿Y si viene un guardia? ¿No nos meteremos en problemas?

Adonis le guiña un ojo.

—El guardia no va a venir. Se los prometo. ¿Cuándo más tendrán la oportunidad de probarse parte del tesoro de un pirata?

Samantha me mira, y le devuelvo la mirada. Ambas asentimos, aunque el gesto es apenas perceptible.

—Está bien —dice—. Suena divertido. Algo que recordar cuando vuelva a Nueva York.

Mientras se pone el collar, Adonis y la serpiente me observan. Cuando miro a la serpiente a los ojos, la cabeza me da vueltas, y lo único que veo es su mirada brillante.

Tiene ojos de color jade.

¿De verdad no me di cuenta de eso antes?

Todos los pensamientos se evaporan de mi cabeza.

—Mientras James fue en busca del tesoro, Cole se quedó en el Caribe —continúa Adonis—. A diferencia de James, Cole venía de

una familia pobre. Pero se volvieron amigos en el transcurso de los años que pasaron trabajando de marineros sin recibir ningún pago. Cole había visto injusticia, violencia y pobreza desde que era pequeño. Tenía una gran familia en Bristol y comenzó a trabajar a bordo de un barco para enviarles dinero. Pronto comprendió que no ganaría nada trabajando honestamente y se convirtió en pirata. De ese modo, logró proveer para su familia.

Al imaginarme al muchacho delgado y atezado vestido con harapos, se me retuerce el corazón. Hasta las almas más peligrosas tienen un motivo para ser así.

—Sin embargo, al volverse rico y poderoso —sigue Adonis—, comenzó a desarrollar... bueno, ¿cómo decirlo? ... Intereses sexuales peculiares.

Las palabras se me deslizan por la piel como agua fría.

—Ya sabía que él tenía algo de eso —murmuro.

—Sí, no quería ningún compromiso y estaba de lo más contento con sus aventuras, en especial con las que tenía en la cama. O eso creía. En el fondo, me temo que se dirigía a la vida de un hombre solitario que lo había intentado todo, excepto lo único que lo hubiera hecho realmente feliz.

Trago con dificultad.

—¿Y qué sería eso?

Me guiña un ojo.

—Tú misma lo has dicho.

Abro los labios y se me escapa una sola palabra como un soplo.

—Amor.

Adonis me mira las manos, y me doy cuenta de que aún tengo el colgante.

—¿Por qué no te lo pruebas?

Observo el retrato de Cole y me coloco el colgante. Es como si sus ojos se movieran para clavarse en los míos. O, quizás, estoy teniendo un ataque cardíaco.

El mundo se estremece. El viento me sopla de todos los frentes y me susurra al oído. De pronto, recuerdo que Samantha también se acaba de poner el colgante y me vuelvo a mirarla.

Solo que ella no está aquí. ¿Qué pasó? ¿A dónde se fue?

Comienzo a desaparecer, como si el viento me estuviera llevando lejos.

Oigo la voz de Adonis:

—Estás viajando al pasado para ayudar a Cole. Querías ayudar a su alma perdida, así que esta es tu oportunidad. Para regresar al presente, debes volver a ponerte el colgante.

Pero, ¿qué tipo de locura es esa? Los ojos jade de la serpiente son lo único que veo mientras el viento me sopla arena contra la piel y comienza a borrarne de a poco.

Debo estar soñando. O esas piñas coladas debieron de tener algo especial porque todo da vueltas, se sacude y se queda varado como un barco en una tormenta.

Grito para pedir ayuda, pero mi voz desaparece en la brisa.

Y pronto me hundo en el olvido.

CAPÍTULO 2



Mar Caribe, septiembre 1718

LISA

EL AROMA A MADERA Y MAR ME ENVUELVE. EL SUELO SE HUNDE debajo de mis pies y luego se eleva. Unas olas rompen en la cercanía. Alguien gruñe por lo bajo, como si lo estuvieran torturando. ¿O será que fui yo la que emitió ese sonido? Los tablones debajo de mi cuerpo me raspan los dedos y la piel desnuda de las piernas.

Siento una punzada de preocupación en la boca del estómago. ¿Dónde estoy? ¿Estoy soñando?

Me las ingenio para abrir los ojos y, cuando la luz dorada y anaranjada del sol poniente se cuele por una gran ventana, que se encuentra inclinada, los entrecierro algo cegada. Veo una cama de madera enorme y sábanas arrugadas y desparramadas. Contra una pared, hay un escritorio y una silla grande volteada de tal modo que

me da la espalda. Hay alguien en la silla, y ahora sé de dónde provino el gruñido que oí hace unos segundos. Vuelve a gemir y a gruñir, moviendo la mano rítmicamente hacia arriba y hacia abajo, y reconozco el aroma acre a hombre... y a sexo.

Me quedo de piedra y contengo el aliento. Cualquier mareo que había sentido antes se ha esfumado. Tengo el rostro en llamas. La piel del pecho me arde en el sitio en el que hace tan solo un momento había un colgante de jade. Se me debilitan los pies, y me tiemblan las manos. Siento que el corazón me late en los oídos. Estoy en la recámara de alguien que está teniendo sexo y no he sido invitada. La habitación parece salida del pasado. ¿Será que sigo en el Museo Ciudad de Piratas?

Miro alrededor. De la pared adyacente a la cama cuelga una fusta y, en el cielorraso, justo encima de la cama, hay un espejo. Jadeo sin emitir ni un sonido.

Oh, cielos, esto parece muy real. Me siento una voyerista, observando el momento privado del hombre. Debo salir de aquí.

Cuando me incorporo, logro ver al hombre con claridad.

Me debería cubrir los ojos, volverme y avisarle que no se encuentra a solas. Pero la sangre me hierve de excitación. Sé que debería marcharme, escabullirme por la puerta cerrada y esperar que no note mi presencia.

Pero es como si estuviera atrapada en un trance.

Lo único que puedo hacer es mirar, paralizada, como un ratón a la espera de que una serpiente se lo devore.

El hombre está completamente desnudo y se reclina contra el respaldo de la silla. Tiene la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. Las piernas largas y atléticas se encuentran estiradas delante de él y bien separadas. Tiene unos hombros gigantes que parecen esculpidos y unos pectorales gloriosos sobre los que podría

hacer *snowboard*. El cabello largo y oscuro le cae desparramado por los hombros y el pecho. Los músculos de los bíceps se le flexionan con un ritmo acelerado mientras se da placer. La tabla de lavar de su poderoso abdomen se tensiona y brilla cubierta de sudor.

Mi mirada desciende aún más por su cuerpo y cae en el sitio donde se mueven sus manos. Me invade una ola de calor, y tomo una profunda bocanada de aire mientras observo toda su longitud y su espesor. La vista hace que se me tensionen todos los músculos y se me derrita algo en el centro de mi ser. Mueve una mano a lo largo de su erección mientras que con la otra se masajea los testículos.

Esto es tan lascivo, tan obsceno... Se me acelera la respiración, y siento un ardor en la entrepierna. Algo cálido me recorre la parte inferior del cuerpo al tiempo que el deseo me lame los nervios. Nunca vi a Hank hacer eso. Nunca vi a nadie hacer eso. Hasta me da timidez masturbarme por temor a que alguien me encuentre con las manos en la masa.

Oh, cielos, ¿qué me pasa? Debería ir en busca de Samantha y nunca más volver a acercarme a una piña colada.

Cuando por fin logro despegar los pies del suelo y avanzar unos cuantos pasos hacia la puerta sin dejar de temblar, siento que las sandalias pesan veinte kilos. Ando con sigilo, pero mis chancletas traidoras resuenan bajo mis pies.

El hombre se queda tieso y gira la cabeza.

Por todos los cielos... Es Cole *el Negro*...

O alguien que se ve idéntico a él. Su mirada me recorre el cuerpo de arriba abajo y registra sorpresa y deseo. Con un movimiento lleno de gracia, se pone de pie y sujeta un alfanje en una mano. Está desnudo y sigue excitado, su erección se ve grande y gruesa.

No me puedo mover. Él avanza hacia mí con la erección ondulándose un poco. Se me acelera la respiración, y comienzo a dar unos pasos hacia atrás.

—Pues, ¿qué tenemos aquí? —pregunta cuando está lo suficientemente cerca como para que pueda sentir su fuerte aroma masculino. Se ciñe sobre mí como un mástil gigante, y sus labios delgados, rodeados por una barba incipiente, forman una pequeña sonrisa taimada—. ¿Te gusta lo que ves, preciosa?

Siento algo frío y puntiagudo contra el cuello. Me está apuntando con el alfanje. Una capa de sudor me cubre toda la piel, y abro la boca, pero el temor me cierra la garganta por lo que no puedo emitir sonido.

—¿Quién eres, bonita, y cómo entraste en mi camarote sin que te viera?

Su voz suena grave, baja y cálida y hay en ella un dejo de burla. Me hace eco en el pecho y desata el nudo que se me había formado en la garganta.

¿De verdad cree que soy bonita? El pensamiento me hace sentir calidez en todo el cuerpo.

—No estoy segura de cómo llegué aquí —respondo—. Lo siento, ya me iba. No fue mi intención interrumpir. No me volverás a ver.

Me observa el rostro con lentitud, como si estuviera asimilando hasta el último detalle, entrecierra los ojos y ladea la cabeza.

—No hay necesidad de darse prisa. Nos acabamos de conocer y tengo muchas ganas de ahondar en el encuentro. Pero antes, debo asegurarme de que no hayas venido a asesinarme.

—¡No! Te lo prometo.

Con una mano sostiene la espada contra mi garganta y con la otra me recorre los laterales y la cintura, mientras sus dedos me inspeccionan. Me rozan un pezón y luego el otro, y yo jadeo y me

arqueo contra su mano. Sus caricias me encienden la piel y me derriten los músculos, y él se limita a sonreír ante mi reacción. Me aparto, avergonzada del entusiasmo de mi cuerpo. Sus manos siguen descendiendo, llegan a mis pantalones cortos y se deslizan por encima de la prenda, se meten en los bolsillos traseros y delanteros y, cuando pasan cerca de mi sexo, me tensiono excitada, avergonzada y enfadada.

Acto seguido, Cole toma el pequeño bolso que llevo cruzado por el torso y lo abre con una mano. Saca mi teléfono y lo observa anonadado.

—¿Qué es esto? —pregunta.

—Es un teléfono. —Frunzo el ceño. Todavía me encuentro en el museo, ¿cierto? Y este sujeto debe ser un actor o algo... Sin embargo, es muy convincente. Parece como si nunca en su vida hubiera visto un teléfono—. Es para llamar a la gente.

—Oh, como una campana. Dudo que me puedas matar con eso.

Cuando lo arroja al suelo, me doblo de dolor con el estrépito que hace al caer.

Lo siguen la tarjeta magnética de la habitación del hotel, mi labial y mi tarjetero.

Sostiene mis gafas de sol y duda un momento.

—Qué astuto —comenta—. Lentes oscuras. Son muy convenientes en el Caribe.

Menos mal que dejé el pasaporte en el hotel, porque todo lo demás sale volando por la habitación y aterriza en el suelo. Cuando termina, da vuelta el bolso y lo sacude. Al ver que no cae más nada, lo lanza al suelo.

Me mira con los ojos entrecerrados, y la sonrisa arrogante se intensifica.

—¿De dónde salieron todas esas cosas? ¿Y esas prendas? ¿Acaso es la nueva moda francesa?

—En realidad, no. Compré todo eso en una tienda, como lo hacen todos.

Él titubea y ladea la cabeza.

—Me encantan los rompecabezas —afirma—. Y tú eres uno. Llegas aquí con esa ropa interior de lo más peculiar y esos objetos misteriosos y me observas mientras me complazco. ¿Quieres que te de placer a ti también, preciosa? Has venido como la cena: servida en un plato y lista para ser comida. ¿Quieres que te coma?

Me susurra esto último al oído, y su aliento cálido me acaricia la piel y me hace chisporrotear la sangre. Todo mi cuerpo se suaviza y grita «¡sí!». Pero aún no he perdido el juicio.

—Estás equivocado. No he venido a hacer nada contigo. No sé cómo llegué aquí. Lo único que quiero es regresar con mi amiga.

Y en el momento en que pienso en Samantha, recuerdo el colgante de jade, a Adonis y la serpiente y la voz del guía en mi mente que grita las palabras tan alto que me sobresalto: «Estás viajando al pasado para ayudar a Cole».

Y lo que dijo luego: «Para regresar al presente, debes volver a ponerte el colgante».

Un escalofrío me recorre entera. ¿Un viaje en el tiempo? ¿Para ayudar a Cole? ¿Acaso eso es posible? No, tiene que haber otra explicación.

—No te irás a ningún sitio hasta que yo así lo permita. —Su voz me acaricia—. Y recién estoy comenzando.

CAPÍTULO 3



Cole

LA MUJERCITA ES TAN DELICIOSA QUE APENAS LOGRO contenerme. Los brazos me duelen de las ganas que tengo de levantarla en el aire, dejar que me pase las piernas alrededor de la cintura y arrancarle esa prenda interior azul que apenas le cubre el trasero.

Quiero que me desee. Nunca he tomado a una mujer en contra de su voluntad, y eso no cambiará ahora, pero ansío hundirme en ella. Aún estoy excitado, por más que no sepa quién es, ni qué hace aquí.

Ella me intriga. Esos ojos grandes y dorados del color del ron son embriagantes. El cabello largo y rubio parece suave y sedoso. Ese rostro hermoso, tan delicado, tierno y femenino... todos mis instintos me gritan que la tome. Ella se ve tan pura que anhelo tentarla, seducirla y descubrir si su inocencia es actuada o genuina. Por lo general, no tengo la oportunidad de jugar con una mujer como

ella. La mayoría de mis amantes son experimentadas... a las chicas virtuosas no les sientan mis gustos sexuales.

Pero esta...

Hay algo acerca de ella que no logro descifrar. A decir verdad, me he cansado de las mujercitas y de las esposas aburridas de los nobles. Uno de los motivos por los cuales quiero ir a las Indias Orientales es para saborear mujeres exóticas. Para vivir nuevas aventuras.

Sin embargo, en esta ocasión, una aventura me ha caído en los brazos. Toda fresca, inocente y lista. Dice palabras extrañas, usa prendas estrafalarias y lleva objetos extravagantes en el bolso. Me oculta algo, y debo averiguar qué. ¿Será que alguien de mi tripulación me la envió?

—¿Eres Cole *el Negro*? —pregunta en un susurro.

Diablos, su aroma lleva mi deseo al siguiente nivel. Huele tan limpia, una mezcla de naranja y bergamota, a sol y pecado. Está excitada, o lo estaba; puedo sentir su deliciosa humedad desde aquí.

—Sí —murmuro.

—¿Tienes el colgante de jade español?

Me pongo rígido, doy un paso hacia atrás y la observo con cautela sin apartarle el alfanje de la garganta.

—¿Por qué? —le pregunto.

—Lo necesito para regresar. Por favor.

Tiene los ojos abiertos de par en par y me mira a través de las pestañas largas y abundantes. Parece sincera, pero ya he visto todos los trucos habidos y por haber con las prostitutas que suelen calentar mi cama.

—¿Cómo te llamas, preciosa? —pregunto.

—Lisa.

—Lisa —repito y hasta el nombre sabe dulce en mi lengua—. Entiendo que un miembro de mi tripulación te ha enviado para complacerme, y es comprensible que te quieras asegurar de que te pagaré. Pero, preciosa, primero debes trabajar para ganarte la paga. ¿Por qué no te quitas la ropa y te metes en la cama? Como puedes ver, yo ya estoy listo para ti.

Los ojos se le abren aún más.

—¡No soy ninguna prostituta!

—Disculpa, no quise insultar tu profesión. Eres una cortesana. Una amante profesional. Ten por seguro, Lisa, ¿o es Elizabeth?, que tengo mucho respeto por tu área de negocios. Dios sabe que soy un cliente satisfecho. Pero que quede claro que el colgante de jade está fuera de discusión.

Es adorable ver cómo se le sonrosan las mejillas de un tono rosado que le daría envidia hasta al atardecer.

—¡No! —exclama—. No he venido a tener sexo contigo.

Me encanta que una mujer se haga la resistente en los juegos de rol. Sobre todo, cuando lo hace con tanta sinceridad como ella. Es una muy buena actriz.

—¿No? Y, entonces, ¿por qué has venido vestida de regalo?

—Creo que he viajado en el tiempo. Creo que... oh, cielos, esto suena ridículo, lo sé, pero creo que viajé en el tiempo cuando Adonis me hizo probar el colgante de jade. Estaba mirando tu retrato, el tuyo y el de tu amigo James Barrow. Y luego, Adonis me dijo que te tenía que ayudar y que me tenía que volver a poner el colgante para regresar a casa.

Frunzo el entrecejo esperando ver la señal de que está bromeando: un labio curvado o una chispa en los ojos. Pero se ve sincera, incluso algo asustada. Qué actuación sorprendente.

Me río.

—¿Has viajado en el tiempo? No esperarás que te dé el colgante tras esa fábula, ¿cierto?

Ella suspira.

—Lo sé, lo sé. Suena descabellado. Cielos, no sé qué más hacer.

Inspecciona la habitación con la mirada. Debe estar buscando el colgante, que está en el cofre que tengo al lado de la cama, guardado bajo llave. Cuando sus ojos se detienen en el cofre, frunce el ceño. Aunque no puede saber con certeza que está allí, es posible que lo sospeche.

Diablos, cómo la deseo.

De pronto se me ocurre algo. Dado que conoce a James, ¿es posible que él la haya enviado para divertirme, para jugar a algo conmigo? Podría tratarse de un desafío interesante para un pirata aburrido.

La haré mía. Le seguiré la pieza teatral que está interpretando solo para mí.

—¿Qué estás dispuesta a hacer para regresar a casa? —le pregunto.

Ella traga saliva.

—Lo que sea.

Bajo el alfanje.

—¿Lo que sea?

Se le agrandan los ojos cuando entiende lo que quiero decir. Me mira de arriba abajo, y me vuelvo a endurecer. Ella da un paso hacia atrás y se pone pálida.

—¿Lo que sea? —repito.

—No, lo que sea no.

Oh, sí, ratoncito, corre y escóndete. Sé que lo único que quieres es que te tome, te seduzca y te haga ver las estrellas. Y será un

placer cumplirte tus deseos.

—¿Qué me dirías si te confirmara que el colgante está aquí, en esta misma habitación, y que te lo daría si me permitieras hacerte el amor?

A ella se le acelera la respiración, se le dilatan las pupilas y se le sonrojan el cuello y el pecho.

—Diría que has perdido la razón si crees que me acostaré con un desconocido.

«Desconocido». Así que es una princesa. Una chica buena. Y yo sé que todas las chicas buenas quieren comportarse mal. También resulta ser que soy el puente que lleva de la claridad a la oscuridad.

—Oh, entonces necesitas una conexión íntima —le digo—. Quieres conocerme mejor. Quieres confiar en la persona con la que te acuestas. Quieres sentirte valorada y especial, ¿cierto?

Ella hace una mueca descontenta, y un destello de dolor le atraviesa el rostro. Al parecer, he dado en el clavo y toqué un punto sensible.

—Puedes confiar en que, mientras seas mía, no dejaré que nada malo te pase. Mientras seas mía, haré que tu cuerpo cante. Mientras seas mía, serás la reina, y mi único objetivo en la vida será complacerte. En eso puedes confiar. Te haré mía, y a ti te encantaré.

Los labios rosados se le separan, se le hinchan un poco, y los ojos se le oscurecen. Está excitada. Le gusta lo que acaba de oír.

Excelente.

—Y también puedes confiar en que este acuerdo llegará a su fin y, en cuanto te marches, te olvidaré.

Los ojos se le abren de par en par hasta que las pestañas casi le tocan las cejas.

—Confía en que eso es lo que puedes esperar de mí. Y, mientras seas mía, espero sumisión total. Dirás que sí a lo que sea que

quiera hacerte. Pero ten por seguro que no será nada que no puedas soportar.

Las mejillas se le encienden mientras me observa y piensa. Sé que me desea. Sé que está tentada. Solo necesito presionarla un poco más para que caiga en mis manos.

—¿Estás casada? —le pregunto.

El rostro se le pone tenso, y sus rasgos adoptan una expresión de dolor. Creo que sé qué es lo que le duele. Un corazón roto, un rechazo. Es un dolor con el que estoy de lo más familiarizado desde la duquesa de Chestwvitch.

—No —responde.

—¿Tienes un amante?

Niega con la cabeza.

—Vamos, preciosa. Vive esta aventura. Permite que abra nuevas fronteras de placer para ti. Déjame mostrarte todo para lo que tu cuerpo fue creado, qué hacer y sentir. Mañana regresarás a tu vida normal. Esta noche, siente el placer de un pirata. Entrégate a mí solo por esta noche, y te daré el colgante.

Ella me observa con esos ojos que parecen el bronce en las penumbras de un atardecer que casi ha llegado a su fin. Mientras los últimos rayos del sol desaparecen en la pared opuesta, Lisa endereza la espalda y eleva el mentón. Sus ojos se endurecen con la decisión que acaba de tomar.

—Y te puedo hacer tres preguntas que nunca nadie te haya hecho. Y tú me dirás cosas que no le has contado a nadie.

Se me tensa el mentón. Soy un hombre reservado. Puede que sea liberal con mi cuerpo, pero no con mi alma. Hay cosas acerca de mí que ni siquiera James sabe. Esa última condición me parece un poco descabellada.

Sin embargo, observo su dulzura dorada y esas prendas extrañas. Nunca antes había conocido a nadie como ella. Y, de alguna forma, sé que nunca más lo haré. Responderé sus preguntas. Al fin y al cabo, ¿qué tan malas pueden ser?

—Y responderé tus preguntas —accedo.

Ella asiente.

—De acuerdo, Cole. Ya es hora de que pruebe esta locura que he anhelado durante tanto tiempo. A mi prometido no le agradaba, pero quizás tú seas mejor para esto. A pesar de todo, sé que hay esperanza incluso para ti. No creo que quieras ir de una mujer a la siguiente. Te mostraré que puedes querer mucho más que sexo. De modo que te haré tres preguntas. Tú me entregarás el colgante. Y, a cambio de eso, yo... —se detiene y traga saliva—, me entregaré a ti y aceptaré tus condiciones. ¿Qué dices? ¿Tres preguntas y yo a cambio del colgante?

—Sí, *madame*.

Asiente y sus ojos dorados se tornan duros como el ámbar.

—Pero entérate de una cosa, Cole *el Negro*: ninguno de los dos se despertará siendo la misma persona por la mañana. Yo estoy lista, ¿y tú?

CAPÍTULO 4



Lisa

—ESTOY LISTO, PRECIOSA —RONRONEA COLE.

¡Oh, por Dios! El estómago se me tensa y, acto seguido, se me sube a la garganta como si estuviera en una montaña rusa a punto de experimentar la caída más profunda de mi vida.

Guarda la espada en la cómoda y me acaricia la mejilla con los nudillos. Su mano se desliza como la seda y me electriza la piel. Se me eriza el cabello de la nuca. La cabeza me da vueltas y, cuando una ola revienta contra el barco, pierdo el equilibrio. Cole me sujeta por los codos y me da balance; está tan cerca que puedo sentir el calor de su cuerpo a través de la blusa. Me mira los labios con tanta intensidad que parece que le doliera. Luego baja la cabeza y me besa.

Debería dar un paso hacia atrás. Debería protestar y hacerme valer. Debería coger la espada, apuntársela a la garganta y exigirle que me entregue el colgante.

Pero no puedo. Quiero ese beso. Algo en lo profundo de mi ser anhela saborear su oscuridad.

Cuando me mordisquea tiernamente los labios con los dientes, sé que no hay vuelta atrás.

Porque el veneno del deseo oscuro sabe demasiado bien.

Su beso es dulce y me toma por sorpresa. Creí que sería poderoso y demandante. Quizás un poco brusco también.

Pero sus labios son tan suaves que todas mis terminaciones nerviosas se despiertan para llegar a él, embriagadas. Su sabor es una mezcla de aliento a ron apenas perceptible y piel besada por el sol; el aroma viril y masculino me hace sentir fuego en las venas.

Respondo. Aprieto los labios contra los suyos con la misma ternura y, durante un momento, nos congelamos y nos sumergimos en la sensación. Él se aparta un poco, y yo me balanceo perdida sin él. Se queda de pie delante de mí y me devora con la mirada.

—¿Qué me estás haciendo? —gruñe y me aplasta contra su pecho duro y desnudo. Me vuelve a besar, pero en esta ocasión lo hace con voracidad y desesperación. Cuando le respondo, nuestras lenguas comienzan un baile salvaje. Cole me envuelve en sus brazos como si fueran tornillos cálidos. Sus manos descienden por mi cintura, se detienen en mi trasero y me lo aprieta. Suelta un gemido satisfecho antes de seguir bajando para levantarme en el aire. Le paso las piernas por la cintura.

La cabeza me da vueltas mientras me lleva a algún lado. Soy cera caliente, derretida en sus brazos, lista para ser amoldada a lo que a él se le antoje. Nunca me he sentido tan deseada; nunca en mi vida he estado tan excitada.

Cole me coloca sobre la cama y me cubre con su cuerpo. Su peso se siente agradable sobre mí. Su miembro se apoya contra mi sexo, y mis prendas son lo único que se interpone entre nosotros.

Siguiendo un instinto, aprieto las piernas contra él y lo aplasto contra mí. Su boca es tan habilidosa que temo que me pueda hacer acabar solo con sus besos.

Suelto un gemido y me retuerzo bajo él.

Cielos, Hank nunca me hizo sentir así.

Hank...

Abro los ojos y clavo la mirada en mi reflejo, cubierto por el cuerpo esculpido de Cole. Su trasero redondo y perfecto se tensa rítmicamente mientras frota la pelvis contra mí.

«Yo no soy así. Soy una chica buena. Y las chicas buenas no valen nada si son promiscuas...» Las palabras que mi madre me grabó en la memoria me laten en la mente. Recuerdo la primera vez que sucedió. Tenía trece años y regresaba de la iglesia con los vecinos. Paul, el chico que me gustaba, me besó en el patio de mi casa. Mi mamá nos vio y salió con las mejillas rojas y los ojos desorbitados.

—¡Tú eres una chica buena! —me gritó—. ¡Ningún hombre te querrá si te comportas así! Si eres promiscua, nunca valdrás nada para ningún hombre.

Cole me abraza y con un movimiento rápido nos voltea para que yo quede encima de él.

—Quiero ver ese precioso trasero cuando estoy a punto de tomarte —murmura y abre los ojos para mirar por encima de mí.

Está mirando el espejo.

Me congelo y recuerdo las palabras de Hank, que me llenan de vergüenza y me causan dolor en todo el cuerpo. Me quiero cubrir, esconderme en algún sitio seguro en el que ningún hombre se pueda burlar de mí.

—Tener sexo con una muñeca inflable es más excitante —las palabras de Hank me resuenan en la cabeza—. Se terminó.

Siento un fuerte dolor de cabeza al recordar el rechazo, la vergüenza y la humillación que ahora me inunda la mente.

No estoy lista para volver a atravesar lo mismo.

Cole me está mirando con esos ojos que se asemejan a unas piscinas quietas y oscuras llenas de deseo. Está jadeando.

—¿Qué sucede? —pregunta.

Me hago a un lado, me siento en la cama y me abrazo las rodillas.

—Lo siento.

—¿Por qué?

Él no está asqueado ni conmocionado. Tampoco me rechaza. Por el contrario, su rostro atractivo refleja preocupación y ternura.

—No soy buena para esto del sexo.

Cole se sienta en la cama, y sus ojos ónix destellan.

—¿Quién te dijo eso? —gruñe.

—Hank. Mi ex prometido.

Cole aprieta los puños, y sus ojos se oscurecen. Me toma el mentón.

—No tiene idea de lo que dice. De solo besarte, quiero arrancarte ese estúpido atuendo que llevas puesto.

Siento una ola de calor. ¿Tendrá razón? ¿Podrá ser que Hank estuviera equivocado? De pronto, lo único que quiero es demostrarle a Hank que está equivocado... no, demostrármelo a mí misma. Convencerme de que he excitado a un pirata perverso.

Cuando nuestras miradas se encuentran, me quedo sin aliento.

—¿Cómo fue la primera vez que te enamoraste? —le pregunto para distraerlo—. Esa es la primera pregunta.

Cole aprieta los labios hasta formar una línea delgada y se le oscurecen los ojos.

—Ella era una pasajera en el barco que yo trabajaba. Era mayor, yo solo era un muchacho. Y me enseñó cosas... muchas cosas. Acerca de mi cuerpo y del arte de la dominación y la sumisión. Acerca del arte de la paciencia. Y los límites entre el dolor y el placer, que se pueden empujar y prolongar. Ella... —guarda silencio unos instantes antes de continuar—. Me convirtió en la persona que soy. Así es como me enamoré. A través de mi cuerpo.

Me imagino el pequeño camarote de un barco, a un Cole joven y de ojos oscuros, y una mujer adulta atándole las manos. La imagen me da náuseas. Estiro el brazo hacia él y ahueco las manos contra su mentón. Su mirada se oscurece aún más, y abre la boca para decir algo, pero, de repente, alguien llama a la puerta. Un hombre de edad mediana con unas patillas abundantes asoma la cabeza dentro de la habitación.

—Capitán, hay un barco en el horizonte, en dirección sur o suroeste. Se dirige hacia nosotros. No podemos ver bajo qué bandera navega.

Cole frunce el ceño.

—Enseguida voy, Jenkins.

Jenkins desaparece, pero Cole le pregunta a sus espaldas:

—¿Tú contrataste a Lisa?

Furiosa, suelto un bufido. ¿Acaso no habíamos establecido que no soy una prostituta? Jenkins me devora con la mirada.

—Creo que no he tenido el placer.

Cole vuelve a fruncir el ceño y se incorpora para recoger los pantalones y ponérselos.

—Entonces, ¿fue alguien más?

—Que yo sepa, no.

—¡Ya te lo dije! —exclamo—. He viajado en el tiempo.

Cole se pone la camiseta y las botas sin apartar los ojos de mí.

—Ya lo veremos. Quédate aquí mientras veo lo de ese barco.

CAPÍTULO 5



L*isa*

ME QUEDO SENTADA UN MOMENTO Y CLAVO LA MIRADA EN LA puerta por la que acaba de desaparecer Cole. ¿Jenkins dijo que un barco nos está siguiendo? ¿Será que estamos en peligro?

Me pongo de pie y me dirijo a la ventana; incluso yo puedo ver la silueta de un barco en el horizonte: tres columnas de velas que se ven negras en contraste con el anaranjado y rojizo del ocaso que ya casi ha llegado a su fin. ¿En qué tipo de aventura me embarcó Adonis?

Hablando de Adonis, el colgante se encuentra en alguna parte de este camarote, y me encuentro a solas. Las manos me tiemblan un poco. ¿Regresará pronto?

Tengo que buscarlo. Pero, ¿por dónde comienzo?

El escritorio gigante está lleno de libros y mapas. Hay una pluma dentro de un pequeño frasco de tinta y un ábaco. Hay un libro abierto en el que se ve un cuadro con nombres y, al lado de ellos, una lista del contenido de un botín y el detalle de cómo se lo han

repartido. El cuadro se ve prolijo y preciso, y es evidente que los pagos se realizaron de inmediato luego de los atracos. Al parecer, Cole es un capitán justo.

El corazón se me derrite ante ese pensamiento. Es un hombre amable, lo sabía.

Reviso los cajones del escritorio y encuentro cajas de pólvora, armas y dagas. En un cajón, hay una Biblia vieja y una pequeña cruz de madera con una cadena sencilla. La tomo y la giro en mis manos. Hay un grabado que dice: «Para Cole de tu mamá» y una pila de sobres cerrados con la misma dirección escrita: Familia Blackwood, Water Lane, Bristol.

Están todos cerrados. Nunca los ha enviado.

Paso los dedos por la letra prolija y elegante de Cole. Se me cierra el corazón al pensar que debe echar de menos a su familia si les escribió y les envió dinero.

Tiene alma y corazón.

El pecho se me aliviana, y siento en el estómago el aleteo de las alas de varios colibríes. Oh, no. Estoy comenzando a sentir más cosas de las que debería. Pronto lo dejaré. ¡Este no es el momento de enamorarme de un pirata de otro siglo!

Tengo que encontrar el colgante. Cierro el cajón, me giro y me golpeo la mano contra algo. Un objeto oscuro sale volando por el aire, aterriza en el suelo, se hace añicos y una tinta negra se derrama por todos lados.

Me quedo congelada, y los chillidos de un ave enfadada hacen eco en el camarote. Clavo la mirada en una esquina alejada y veo una jaula de hierro alta cubierta con una sábana blanca. No, no, no, seguro que alguien va a oír el barullo. Salgo disparada hacia allí y levanto la sábana.

Veo un perico grande y verde con plumas de un amarillo intenso alrededor del pico. Es evidente que tiene un ala rota porque le cuelga en un ángulo extraño. Si bien la herida sanó, y el ave puede tener una buena vida como mascota, nunca hubiera sobrevivido en su hábitat natural.

—Calla. —Me llevo un dedo a los labios—. Por favor, cariño, ve a dormir. Lamento haberte despertado.

Sin embargo, sigue chillando, y miro alrededor desesperada.

—Cacha, cacha, cacha —parlotea el perico—. Cáchate.

Le clavo la mirada.

—¿Acaso me acabas de decir que me calle?

—Cáchate.

Se me dibuja una sonrisa en el rostro. Es un perico parlanchín. En mi hotel, he albergado a algunas cacatúas y ninfas en los últimos años, de modo que sé cómo tratar a las aves. Creo que este es un perico del Amazonas, que son de los que más hablan.

—Está bien, está bien —lo tranquilizo—. Me callo.

Sigo mirando al ave, que se calma y me observa. Es muy bonita y tierna. No puedo creer que Cole le haya enseñado a hablar. ¿O la habrá comprado así? La curiosidad puede más que yo. Un pirata y un perico. Me pregunto si al ave le gusta sentarse en el hombro de Cole.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto.

—Capitán Barbazul. Capitán Barbazul. Oh, arrójalo por la borda, arrójalo por la borda —canta, y reconozco la famosa saloma pirata que escuché en el museo—. Sí, arrójalo por la borda...

Me aprieto las manos contra el pecho maravillada.

—Oh, arrójalo por la borda, arrójalo por la borda —continúa cantando—. ¡Dame un minuto para arrojarlo por la borda!

—Oh, por favor, ¿Cole te enseñó esa canción?

—Cole *el Negro*. —Capitán Barbazul se rasca el pico con la pata.

—Eres muy listo, Capitán Barbazul. Felicidades. Ahora, ve a dormir. No has visto nada. —Tomo la sábana para volver a cubrir la jaula—. Tengo que seguir buscando el tesoro.

—Tesoro —repite—. Cáchate.

Me detengo y miro al ave.

—¿Tú sabes dónde está?

—Tesoro. Cofre. Oh, arrójalo por la borda...

Miro a la pared al lado del escritorio y veo varios cofres de diferentes tamaños. Con las manos temblorosas, me acerco al primero y lo abro. Adentro hay prendas, pieles y telas. El aroma del segundo me embriaga los sentidos con una explosión de especias y esencias exóticas. También hay botellas de ron, bolsitas y frascos con especias, té, café, botellitas con aceites y trozos de sándalo y otras maderas aromáticas que no reconozco.

—Tesoro —continúa Capitán Barbazul—. Cofre.

—Sí, es un tesoro, pero no es el que busco. Necesito un colgante de jade.

Me dirijo al siguiente cofre, pero está cerrado con llave. El de al lado también. Miro alrededor en busca de la llave, pero no veo nada.

—¿Capitán Barbazul? ¿Dónde están las llaves?

—Tesoro. Cáchate.

—¿Sabes dónde están las llaves?

—Cáchate. Arriba.

Frunzo el ceño y sigo su mirada hacia el cofre con los té y luego hacia arriba. Pero lo único que veo es el espejo pegado al cielorraso.

—¿Allí arriba? —le pregunto.

—Arriba —confirma sin dejar de mirar el espejo.

—¡Oh! —Me subo a la cama, me paro y miro de cerca el espejo. Hay un espacio entre él y el cielorraso. Jadeo. No soy lo suficientemente alta para ver qué hay en el espacio, pero estiro la mano y comienzo a palpar la parte trasera del espejo. La superficie es grande, rectangular y desapareja. Reviso un lado y no encuentro nada. Paso al siguiente, que también está vacío. Cuando recorro el tercer lateral, mi mano palpa algo metálico: un atajo de llaves. Con el pulso tamborileándome en las orejas, jalo, pero no se mueven. Deben estar atascadas con algo. Las muevo y las sacudo, pero no se sueltan. Me estiro un poco más y encuentro un gancho. Parece un círculo perfecto, pero tiene un pequeño agujero. Empujo el aro del llavero por el agujero y por fin logro extraer las llaves.

Sin poder creer mi suerte, salto de la cama y bailo para celebrar.

—Contrólate, puede que sea demasiado pronto para festejar. No tienes idea si la llave va a encajar.

—Tesoro —dice Capitán Barbazul.

—Sí, el tesoro. —Me arrodillo delante del cofre y pruebo la llave. Por fin, luego de varios intentos que casi me destruyen los nervios, se abre.

Vuelvo a jadear.

Lo que veo allí no es el tesoro, sino látigos, varas de abedul, arneses, consoladores de madera, un cordel con unos testículos de madera bastante grandes... Cierro la tapa como si una enfermedad me hubiera podido saltar encima. Tengo las mejillas prendidas fuego, y el calor corporal por las nubes. Respiro entre jadeos mientras vuelvo a introducir la llave y lo cierro, aunque en mi mente abundan las imágenes de Cole utilizando todas esas cosas. Conmigo. Se me endurecen los pezones, se me hinchan los pechos, y se me tensa la cara interna de los muslos de la anticipación más dulce.

Oh, cielos. ¿Será que me gustan los fetiches?

Me vuelvo hacia Capitán Barbazul.

—Espero que no pienses que ese era el tesoro.

—Tesoro. Oh, arrójalo por la borda, arrójalo por la borda...

—Vas a tener que aprender un nuevo repertorio, amigo.

Avanzo hacia el siguiente cofre y rezo por no encontrar más cosas de ese tipo. Tras algunos minutos más de probar llaves, logro abrirlo. Cuando levanto la tapa, me quedo sin aliento. El tesoro. El cofre solo está lleno hasta la mitad, pero hay monedas de oro y de plata, perlas, gemas, aretes, collares y... El colgante de jade.

Me puedo ir a casa.

Me quedo más quieta que una estatua, lo observo sin poder creer lo que estoy viendo. Luego, con total lentitud, como si tuviera miedo de asustarlo, lo tomo en mis manos. Al igual que el que sostuve en el museo, lo siento zumbar levemente contra mi piel. Y, de alguna manera, sé que funcionará.

¿Estoy lista? Solo necesito ponérmelo y nunca más volveré a ver a Cole. Me puedo saltar los espejos, los fetiches, los látigos y los pericos parlanchines. Por no mencionar los barcos que nos siguen el rastro.

«A nosotros». El estómago se me hunde.

Todavía no quiero dejar a Cole. De hecho, me quiero quedar, pasar tiempo con él y vivir esta aventura: la aventura más alocada de mi vida, sin lugar a dudas. Me quiero demostrar que no soy aburrida en la cama.

Porque ya he tenido suficiente. Siempre he seguido las reglas y he sido una buena chica. Ya es hora de portarme mal. Y no hay mejor persona para hacerlo que con Cole *el Negro*.

Dejo el colgante en el cofre, lo cierro y me doy media vuelta para poner las llaves detrás del espejo.

Sin embargo, una figura alta y oscura parada en la puerta me deja sin aliento.

—¿Qué has hecho? —los ojos de Cole son una tormenta negra, y su furia está enfocada en mí.

CAPÍTULO 6



Cole

SIENTO UNA OLA DE FURIA AL VER SU ROSTRO ARREPENTIDO. Lisa sostiene las llaves de los cofres. Está pidiendo que la castigue, ¿no? No me responde la pregunta, solo me mira con la boca abierta.

—¿Qué has hecho? —repito y apenas me contengo de tomarla de los hombros y sacudirla hasta que me responda.

Pero es Capitán Barbazul quien me responde.

—Tesoro —dice—. Cáchate.

—Oh, el tesoro secreto. Ya veo que «tú» no has ayudado. —Lo miro enfadado.

—Lo... lo siento, Cole —se disculpa Lisa—. Estaba buscando el colgante, pero no lo tomé.

Cruzo la distancia que nos separa, le quito las llaves y me las pongo en el cinturón.

—Discúlpeme, señorita, pero he perdido la habilidad de creerle —le digo y echo una mirada alrededor. Ella rompió el frasco de tinta, y una mancha negra se extiende por el suelo con el movimiento del

barco—. Ha deshonrado nuestro acuerdo. Va a tener que pagar por esto.

Ella traga con dificultad y se pone pálida.

—Pero no he deshonrado nuestro acuerdo. No me he puesto el colgante.

Tiene razón. A pesar de que se portó mal, podría haberse puesto el colgante y desaparecer, pero no lo hizo. Me acerco a ella aún más y observo su rostro bonito; sus ojos son ámbar a la luz cálida de las velas. Sigo sin creermelo la historia ridícula del viaje en el tiempo, pero me pregunto cómo llegó a bordo. ¿Se habrá colado en el barco anoche, cuando estábamos anclados en Nasáu? ¿Será que el barco que nos está siguiendo viene en busca de ella y del colgante? ¿Por qué no lo tomó?

—Entonces, ¿por qué te quedaste?

Abre la boca lentamente. Estamos tan cerca que puedo sentir su delicioso aroma. Si me muevo unos centímetros más, puedo saborear sus labios.

—Porque... —comienza— aún me debes las respuestas de dos preguntas.

—Eres una arpía seductora —suelto y la beso, porque no puedo resistir tenerla tan cerca. Es como si ella fuera la orilla y yo, una ola, y no me queda más opción que reventar contra ella.

Ella encuentra mi boca ansiosa. Su voracidad me demanda tanto como la mía a ella. Me hundo en la calidez deliciosa de su boca, la beso, la saboreo, la tomo. Ya estoy duro, y sé que, si continúo un instante más, no podré detenerme.

Pero tengo que buscar el catalejo. Ahora que parece que nos persiguen, tengo que comandar el barco. Me detengo y apoyo la frente contra la suya, respiro entre jadeos para recobrar el sentido.

—¿Has encontrado algo más que el tesoro? —le pregunto.

Me echo hacia atrás y veo que se ruboriza aún más.

—Encontré... otras cosas —admite.

—¿Algo que te haya gustado? ¿Algo que quieras probar?

Inhala profundamente, y se le hinchan los labios.

—Había una botella de ron que se veía bien —susurra.

Suelto un gemido.

—No hablaba del ron, y lo sabes muy bien.

Lisa se queda quieta y se muerde el labio inferior.

—No importa, preciosa. —Me vuelvo y camino hasta la mesa—.

Ya me has respondido con tu expresión. Tengo la intención de probar todo lo que has visto contigo, y te encantará.

Abro uno de los cajones donde guardo mis instrumentos náuticos y encuentro el catalejo que uso en situaciones extremas como esta.

—Pues, mira nada más, ni has robado, ni has roto mi catalejo. —Lo saco del cajón—. Quizás no todo está perdido después de todo.

—¿Dónde encontraste a Capitán Barbazul? —pregunta.

Me vuelvo hacia ella y arqueo una ceja.

—A bordo de uno de los barcos que asaltamos. Algún bastardo le rompió el ala, de modo que tenía dos opciones: o lo arrojaba por la borda o me lo llevaba. Resulta ser el mejor entretenimiento a bordo, nos canta salomas y todo. La tripulación lo aprecia. Además, tiene buena voz.

Ella sonrío.

—Sí. Y tú eres muy amable con él.

Me encojo de hombros.

—No he hecho mucho. Solo lo dejé quedarse, eso es todo.

—¿Y qué me dices de esas cartas? —pregunta—. ¿Por qué nunca las has enviado?

La furia que se desata en mi interior se asemeja a una tormenta.

—¿Has revisado mi correspondencia personal?

—No. Solo las vi. No las leí, pero vi la dirección.

—Nadie te ha dado permiso para revisar mis cosas.

—Esa es la segunda pregunta, Cole. Recuerda que me quedé por esto. Respóndeme. ¿Por qué nunca le enviaste esas cartas a tu familia?

Cierro los puños con tanta fuerza alrededor del tubo metálico del catalejo que temo romperlo y me obligo a relajar los dedos. Lo cierto es que no podría haberme echo una pregunta peor que esa: es la única pregunta que no deseo responder.

—¿Por qué, Cole? —insiste.

«Oh, pequeña arpía».

—Porque mi madre tenía doce niños cuando me marché. Mi padre era la sombra de un hombre. No quise cargarlos con otro deber y obligarlos a leer mis cartas, porque si las leían, podrían sentir la necesidad de proteger a su hijo pirata del Imperio Británico. Hay un precio por mi cabeza. ¿Y si alguien acudía a ellos e intentaba averiguar algo sobre mí? O, peor aún, ¿y si no podían evitar decirles la verdad a mis perseguidores? Mi madre nunca se hubiera perdonado, y mi padre tampoco.

Lisa abre los ojos, y se le llenan de lágrimas. ¿Será que siente pena por mí?

El pensamiento es más perturbador que su pregunta. No. Lo único que quieren las mujeres de mí es placer físico. Soy Cole *el Negro*, el que puede satisfacer los deseos más prohibidos de cualquier mujer. Solo soy bueno para eso, tal como me enseñó la duquesa de Chestwitch.

El único motivo por el que escogí la piratería fue para evitar convertirme en la sombra de un hombre, como le había pasado a mi padre. El trabajo duro para poder mantener a doce niños y una esposa, sin importar cuánto los amara, fue lo que lo destruyó. Por

eso, no quiero amar a nadie. Por eso, no quiero ser responsable de ninguna mujer. Porque si no termino como mi padre, me utilizará y luego me hará a un lado, como lo hizo la duquesa de Chestwitch.

Sostengo el catalejo en una mano, y con la otra, sujeto a Lisa y la arrastro a mis espaldas.

—Ya has hecho suficientes preguntas y me has distraído más de la cuenta. Debo ver al barco que nos está persiguiendo y no confío en ti. Así que vendrás conmigo.

—Aguarda, ¿qué? ¿A dónde?

—Al puesto del vigía.

Ella se resiste y me hace detener.

—¡No! Cole, por favor. Le tengo miedo a las alturas.

Me vuelvo a mirarla y me encuentro con sus ojos.

—No puedo permitir que te quedes aquí sola, y no te puedo dejar con mis hombres porque pareces una cena recién hecha. No permitiré que te pase nada. Esto es tu culpa, preciosa. Si hubieras mantenido tu palabra, tendría más fe en ti. Pero, desde el principio, nunca debería haber confiado en ti.



LISA

CUANDO SALIMOS DEL CAMAROTE, YA ES DE NOCHE. EL CIELO está cubierto de estrellas desparramadas como copitos de nieve. El aroma a madera quemada por el sol, brea y océano me envuelve. Luego viene el del sudor masculino y el ron.

Oh, la cubierta es real. Y los hombres que ladran órdenes, tiran de las sogas y manejan las velas también lo son. Miro hacia la

costa, en busca de las luces eléctricas de la ciudad, pero todo lo que nos rodea es oscuridad, excepto por las estrellas y la luna, que brillan con intensidad y proyectan un camino destellante sobre el océano que se pierde en el horizonte.

Sobre nosotros, unas velas blancas ondulan con la brisa suave.

Todo parece tan real que termino por desechar cualquier dejo de duda que podría haber tenido acerca de haber viajado en el tiempo. Mientras camino entre los marineros, me siguen con miradas de curiosidad, hambre, sorpresa y peligro... Siento un cosquilleo en las manos y los brazos. Parece que soy la única mujer en un barco lleno de piratas y, de pronto, mis diminutos pantalones cortos y mi camiseta transparente se sienten indecentes, como si no tuviera nada puesto.

De repente, Cole se detiene delante del mástil más alto y eleva la mirada. Allí, en la oscuridad, bien en lo alto, se encuentra la pequeña plataforma circular.

—Hasta arriba, Lisa. Vamos.

CAPÍTULO 7



L^{*isa*}

LA CUBIERTA ESTÁ ABAJO Y SE LA VE MUY LEJOS Y OSCURA, excepto en los lugares alumbrados por las antorchas en la noche. Allí, veo a varios hombres que elevan la mirada hacia nosotros, muertos de curiosidad. El estómago me da un vuelco y se me encoge, el entusiasmo y el miedo se agitan en un cóctel peligroso. Nos encontramos muy alto, sobre esta pequeña plataforma circular de madera, y los chirridos de los tablones debajo de nuestros pies y la barandilla de madera la hacen parecer aún más precaria.

—Esto no es en serio, Cole. —Mi voz se oye temblorosa y chillona—. Déjame bajar, por favor.

—Es muy en serio. —Se detiene delante de mí y observa por el catalejo, que parece un telescopio en miniatura. Siento sus músculos duros contra mi piel, la tela de sus pantalones contra mis piernas desnudas. Tomo una profunda bocanada de aire y cierro los ojos, el deseo y el terror me invaden por igual.

—¡Bandera británica! —grita Cole—. ¡A toda velocidad! Viene del estenordeste.

Su voz viaja con facilidad a pesar de las velas que ondulan al viento y las olas que rompen contra el barco. Los marineros escuchan las órdenes y regresan a sus tareas, de modo que la actividad se reanuda con mayor intensidad. Debajo de las velas, parado sobre la cubierta, se encuentra Jenkins dándoles órdenes a los marineros para que comiencen a jalar de las sogas y mover las velas.

Cole vuelve a mirar el barco y grita:

—¡A ocho millas náuticas! —Baja el catalejo y susurra—: El bastardo va más rápido que nosotros. Diablos.

El barco se mueve, siento como si el puesto del vigía se desplomara y se volviera a elevar. La marea está más removida ahora, y el estómago se me sube a la garganta.

—¿Acabas de decir «bandera británica»? ¿Nos sigue la fuerza naval británica? —le pregunto.

Él me vuelve hacia él y se ciñe sobre mí, oscuro y poderoso en la noche. Sobre nosotros están las estrellas. Debajo, el mar y el barco. A nuestro alrededor, las velas. Y, a pesar de todo, él es lo único que me quita el aliento y me reduce las rodillas a gelatina.

—Por lo menos, es alguien que navega con su bandera.

Me acaricia la mejilla con los nudillos.

—Eres tan preciosa. Tan inocente. Tan pura.

Se me seca la boca. Cole me empuja hacia atrás y me acorrala contra la barandilla del puesto del vigía.

—Estamos a punto de navegar a toda velocidad, perseguidos por el enemigo. ¿Cómo te sientes al respecto?

Me pasa una mano por el pecho, me acaricia un seno sobre la tela de la blusa y juega con mi pezón hasta que se me endurece.

Jadeo para tomar aire, indefensa, y siento un placer exquisito que me recorre todo el cuerpo.

—No estoy segura... —le respondo—. ¿Como si estuviera en una montaña rusa muy alta?

Cole me levanta y me sienta sobre la barandilla. Me estremezco y, cuando miro hacia abajo, la cabeza me da vueltas. Me pasa los brazos por la cintura y me besa. Sus labios son demandantes y suaves al mismo tiempo. Con la lengua, me explora la boca, y es tan deliciosa que se me humedecen las bragas.

—¿Te sientes viva? —me pregunta—. Cuando el peligro está tan cerca, ¿no se te enciende toda la piel y se te eriza el cabello? ¿No sientes más profundo, oyes más claro y ves más colores?

Me humedezco los labios.

—Sin dudar, eres tú, Cole. Tú me provocas todo eso. Y mucho más.

Él gruñe y me aplasta los labios con la boca.

El barco gira y se hunde, y nosotros nos sumergimos con él. La excitación que me producen sus caricias junto a la turbulencia del mundo a nuestro alrededor —el peligro inminente, la actividad incesante del barco, la oscuridad de la noche, la claridad de la luna y las estrellas— me seducen. Todo eso me está haciendo el amor.

No solo Cole.

Y yo me encuentro en un mundo distinto, al otro lado del espejo, como Alicia. Estoy en un mundo donde todos mis celos y defectos quedan descubiertos, y lo único que puedo hacer es dejarlos salir a la luz.

Y si me caigo y muero, sería una muerte grandiosa, porque moriría llena de temeridad. Moriría mientras vivía una vida plena... por primera vez.

Le devuelvo el beso, embriagada de excitación y ardiendo de deseo. Cuando Cole me quita la camiseta y la parte superior del bikini, el viento me azota la piel desnuda como un látigo y enciende el fuego en mi sangre. Me aferro a su camiseta, y él se la quita de buena gana. Su pecho desnudo brilla contra el mío, sedoso y crepitante en las zonas que tiene vello oscuro.

Cole se detiene y me susurra contra los labios:

—Abre este condenado cierre de tus prendas.

Sonrío y salto a la plataforma del puesto del vigía. Me abro el botón y bajo el cierre, y él me desliza los pantalones cortos por las piernas, junto con las bragas. Miro alrededor y, de pronto, me doy cuenta de que cualquiera de los marineros que se encuentren en el ángulo indicado me pueden ver así: completamente desnuda. Y, ¿cuántos marineros hay a bordo? ¿Cien? ¿Más?

El calor de la vergüenza me inunda, siento tantas ansias de cubrirme que me tiemblan las manos y me cubro los pechos y el pubis. Pero Cole me aparta las manos.

—No —susurra, y sus ojos son dos piscinas oscuras llenas de deseo—. Abrázalo. Hazle el amor. Deja que te invada todo tu ser.

Me estremezco, y una capa de sudor me cubre la piel. Me quiero esconder, pero estar así de expuesta tiene algo muy liberador. No hay ningún sitio a donde ir. O me toma o me deja.

—Eres pura perfección —murmura Cole al tiempo que sus ojos me recorren el cuerpo y memorizan hasta el último detalle—. «Mi» perfección.

Toma el extremo de una soga que cuelga de alguna parte del mástil, me sujeta las muñecas y me las ata. Se me cae la mandíbula, observo anonadada mientras me amarra y me quedo sin aliento. Me cosquillea todo el cuerpo. ¿De verdad estoy a punto de permitirle...?

Cole toma otra soga y me levanta las muñecas.

Jadeo y tiro de los brazos, pero Cole ya ha sujetado el extremo de la soga a un gancho sobre el puesto del vigía.

Me encuentro a su merced total. Me siento... indefensa. Expuesta. Hermosa.

Deseada.

El pecho me sube y me baja con rapidez, y los pezones se me endurecen bajo el escrutinio de Cole.

Se acerca y, sin tocarme con las manos, me besa. El beso es tierno y duro al mismo tiempo. Posesivo.

Cuando me quedo sin aliento por completo, me sujeta la cintura y me besa el mentón antes de recorrerme el cuello con los labios y cerrar la boca sobre un pezón. Me estremezco al sentir el calor de su lengua en comparación con el aire fresco. Toma el otro pecho con la mano y juguetea con el pezón con los dedos pulgar e índice; mientras me provoca, me saborea y me lame con la boca y la lengua, me masajea con la mano.

Siento una oleada de calor, seguida de un deseo profundo que me inunda todo el cuerpo y me hace estremecer y arder. Echo la cabeza hacia atrás y me arqueo contra esa dulce tortura. Quiero enterrarle los dedos en el cabello, hundirle las uñas en los hombros y atraerlo más cerca, hacerlo succionar más fuerte. Cole se dirige al segundo pecho y repite el proceso, y, si las sogas no me estuvieran sosteniendo, me habría caído.

De pronto, se arrodilla y me deposita un rastro de besos en el vientre. Con cada beso, me estremezco de anticipación, pues sé a dónde se dirige su boca y se me acelera la respiración.

Me va besando hasta llegar al pequeño triángulo de vello, cortesía de una depilación de buen gusto. Cuando Cole me separa los pliegues con dos dedos y me acerca la boca al sexo, todos los

pensamientos sobre quiénes nos pueden estar viendo, lo alto que estamos o cualquier otra cosa se evaporan.

Me explora con la lengua en movimientos circulares, me lame el clítoris como si estuviera saboreando un aperitivo antes del plato principal, y todos mis sentidos se derriten en una mezcla hermosa y maravillosa de sensaciones y explosiones de placer.

Y luego llega al epicentro. Gimo, me arqueo y le coloco una pierna sobre el hombro para darle acceso total. Cole continúa lamiéndome, succionándome, provocándome y tocándome hasta que estoy a punto de deshacerme en sus brazos. Entonces, se aparta, y yo me balanceo, indefensa y llena de deseo.

Una brisa fresca me besa en mi punto más sensible y una eternidad de estrellas me miran con amor al tiempo que el mar me susurra palabras dulces. La sogas me da balance, y me doy cuenta de que soy el yin que ha venido a completar el yang.

A completar a Cole.

Y sé que él no puede existir sin mí. En mi sumisión hay poder, y en su dominación, debilidad.

Cole me sujeta de los muslos y me gira de modo que quedo viendo la proa del barco. Delante de mí, tengo el mástil, las velas poderosas y los marineros que trabajan abajo, en la cubierta. Cualquiera me puede ver en cualquier momento.

Cierro los ojos y disfruto la sensación de estar expuesta, como Cole me ha dicho. Sus manos cálidas y callosas me recorren la columna vertebral. Llegan a mi trasero y me acarician las nalgas, luego me las abofetea juguetonamente. Me arqueo para apoyarle el trasero en las manos. Luego me vuelve a abofetear más fuerte. Y otra vez. Las nalgas me arden, pero estoy excitada y separo las piernas.

Escucho que Cole inspira hondo y se baja los pantalones. De pronto, algo cálido, duro y largo se frota contra mi trasero.

«Cielos».

La oscuridad. La libertad. El permiso para comportarme mal. Para colorear fuera de las líneas.

Para ser yo.

Eso es lo que él me ofrece.

Y siento como si fuera una vela, y él, el viento; él me llena, me da dirección y un propósito.

De pronto, se introduce en mi sexo humedecido, y el mundo explota en todas las sensaciones de placer. La dulzura del chocolate, el ardor del ron y la suavidad de la crema batida. La relajación de un masaje, la tensión en el pecho antes de saltar al vacío y el placer de oír las mejores canciones de salsa.

A pesar de todo, nada se compara con la tormenta que Cole desata en mi interior. Cuando comienza a embestirme, me derribo y me tenso alrededor de él. Él es grande —gigante, de hecho— y me estira al límite y después me penetra tan profundo que duele.

Y me encanta. Muevo el trasero hacia atrás, ansiosa de llenarme de él. Cole me sujeta los pechos y luego desliza las manos hacia abajo, hasta que sus dedos me separan los pliegues. Me aprieta el pecho contra la espalda, y siento sus músculos duros y poderosos mientras me sigue llevando más alto, a cimas de placer que nunca antes he explorado.

Con el dedo, me dibuja círculos en el clítoris, y yo me disuelvo en él. No estoy segura si sigo siendo yo o si soy parte de él, o del barco o del mar.

Quizás soy parte de todo.

La presión aumenta cada vez más. Y, de pronto, sin advertencia, me deshago. Exploto, me estremezco, me hundo y me elevo. Cole

se estremece, se hunde y se eleva conmigo. El aire se llena de gemidos cuando él grita mi nombre y yo, el suyo. Pierdo el último hilo que me separa de las estrellas, de Cole y del mar.

Estoy en todos lados.

Soy parte de todo.

Él me ve.

Y yo lo veo.

CAPÍTULO 8



C *ole*

«MÍA. MÍA. ES MÍA». EL CORAZÓN ME LATE DESBOCADO CONTRA la espalda de Lisa.

La abrazo mientras se sigue estremeciendo y respira entre jadeos. Ella es sedosa y cálida, y respiramos al mismo tiempo, como si fuéramos una sola persona; los movimientos del barco debajo de nosotros parecen hacer eco de nuestro ritmo.

Me concedo unos instantes para absorber la delicadeza de su cuerpo contra el mío y me hundo en las olas de suavidad. Luego me aparto, le desato la soga de las muñecas y me visto.

Esa experiencia con ella ha sido la más intensa que he vivido. El tiempo que compartí con la duquesa de Chestwitch no se compara con el placer exquisito que sentí con Lisa.

La brisa fresca del océano me acaricia la piel, y un escalofrío helado me recorre el cuerpo. Lo que sentí con Lisa estuvo tan lleno de luz. Ella me llevó alto, tan alto que pude ver las estrellas y la

luna. La adoré como si ella fuera agua sanadora, y yo un hombre mortalmente enfermo.

Y lo que probé fue la vida.

Y ahora quiero más.

Pero no habrá más. Ella está a punto de dejarme para siempre.

Y yo no quiero que se quede... ¿por qué lo querría? Ella me hace anhelar cosas peligrosas: olvidarme de las otras mujeres, desearla solo a ella en mis brazos durante el resto de la eternidad.

¿Lo que siento por ella será algo que mi padre sintió por mi madre? Recuerdo la última vez que lo vi. Yo era tan solo un muchacho que se estaba preparando para su primer gran viaje. El rostro se le veía muy avejentado para un hombre de treinta y cinco años: arrugado, bronceado y curtido como el cuero. Recuerdo su espalda encorvada y sus ojos grises y lagrimosos. Siempre olía a pescado, incluso luego del baño mensual durante el cual mi madre lo refregaba con jabón de soda cáustica.

—Has nacido en la familia equivocada, hijo —me dijo un día mientras pescábamos en su bote: su posesión más valiosa—. Si nunca te hubiera tenido, si nunca me hubiera casado con tu madre, sería libre. Pero tú terminarás como yo. —Me miró y acto seguido se volvió a mis tres hermanos mayores con una expresión amarga—. Todos terminarán como yo. Encontrarán a una chica que los hará enamorarse como tontos, se casarán con ella y todos los años tendrán una boca más para alimentar. Recuerden lo que les digo.

Ese día supe que haría lo que fuera para no terminar como mi padre. No tendría bocas que alimentar. Ni una mujer a quien amar. Nadie me ataría.

Esos pensamientos, esas emociones, me hacen sentir una capa de sudor frío en la piel. No he amado a nadie desde la duquesa de Chestwitch. Estaba listo para olvidarme de la predicción de mi

padre. Cuando ella se libró de mí como si fuera una prenda interior vieja, casi me destruyó. Sin embargo, con el tiempo me di cuenta de que eso significaba que seguía siendo libre. Lo que siento ahora por Lisa es mucho más fuerte.

Podría hacerme olvidar mi deseo de ser libre.

Podría arruinar mi alma por completo.

Debo mantener la distancia con ella. Ella no se quedará por mí. Nunca debería haberla seducido. Pero, ¿cómo podría haber sabido que sabría tan bien y que no iba a querer detenerme?

Tengo el pecho tenso, el cuerpo me duele y me niego a mirarla.

—Bajemos. Me distraje, pero soy el capitán y tengo asuntos más urgentes en mis manos.

Sus ojos, pesados y bien abiertos, encuentran los míos. El dolor que veo en ellos se siente como una daga en el abdomen. Pero esto es lo mejor. Para los dos.

—¿Acaso no sentiste lo mismo que yo? —me pregunta, y se me rompe el corazón.

—Vístete. Bajemos.

Lisa se pasa las manos por el cabello y cierra los ojos un instante. Luego se incorpora y se pone esas prendas diminutas.

—Deja de ser tan mandón. ¿Por qué no podemos hablar de esto? —pregunta—. Esta ha sido la noche más trascendental de mi vida. Tú... Tú eres increíble...

Sus palabras me desgarran.

—Por favor, Lisa. No.

Los ojos se le llenan de lágrimas.

—¿Por qué no?

Estos sentimientos son una ilusión. Si cedo, si me permito dar un solo paso más hacia ella, mi corazón se llenará de ella. Y cuando me deje, me lo reducirá a polvo.

—Sentí una conexión muy profunda contigo —agrega—. Fue algo mágico. ¿Tú no lo sentiste?

—Esto no tiene nada de mágico, Lisa. Te tomé en lo más alto de mi barco mientras mi tripulación te podría haber visto. Solo fue la adrenalina del peligro combinada con la habilidad para hacer el amor. Eso fue lo que sentiste. No magia. Ni nada trascendental. Simplemente, buen sexo.

Me vuelvo y comienzo a bajar.

—Vamos.



LISA

CUANDO LLEGAMOS A LA CUBIERTA, ME DA LA ESPALDA Y SE aleja, con la camiseta blanca ondulándole sobre los hombros anchos. Ignoro las miradas curiosas de los marineros y la pregunta que me da vueltas en la cabeza, la que quiere saber si me miran porque me vieron allí arriba, en el momento más íntimo de mi vida, o si es porque mi ropa me hace parecer una prostituta en esta época. Antes, ese tipo de pensamientos me habría hecho sonrojar. Ahora, ya no me importa.

Tomo a Cole del brazo y lo vuelvo para que me mire.

—No. No te alejarás de mí.

Él se vuelve y me mira con una expresión dolorosa y los ojos oscurecidos. Luego parpadea y la reemplaza con una oscura bajo el ceño fruncido.

Trago saliva. No permitiré que me siga intimidando.

—Esa fue la conexión física y emocional más profunda que he sentido, Cole.

—Ya te dije que...

—Me quiero quedar más tiempo. No para siempre. Es solo que... No estoy lista para marcharme.

Los ojos de él se abren de par en par, y por primera vez veo un eco de vulnerabilidad en ellos. Él es como un niño perdido que ha recibido un regalo por primera vez en su vida. De repente, el dolor regresa, y Cole se vuelve a colocar su máscara inescrutable.

—No importa. No quiero que te quedes. Ninguna mujer me atará.

Trago con dificultad. Sé que está lastimado. Sé que una mujer lo hirió. Sé que le llevará tiempo sanar y que se resistirá a abrir el corazón, pero soy paciente.

—No para siempre, Cole. Solo un tiempo más.

Se le tensa la mandíbula.

—No.

—No tienes que comprometerte a nada. Solo comparte más tiempo conmigo. Dejé a mis empleados a cargo de mi hotel de mascotas, y mis gatos y mis perros están con mis padres. Te deseo, Cole.

Él niega con la cabeza.

—No eres la única.

Eso duele. De solo pensar en él con otra mujer siento náuseas.

—De acuerdo. Aún me queda una pregunta, ¿no? Así que esta es mi tercera pregunta: ¿qué temes que suceda si me quedo?

Cole se vuelve y se aleja dando zancadas, pero lo sigo.

—¡Cole! Respóndeme.

No me contesta, se limita a subir las escaleras que conducen a la cubierta superior. Lo sigo, pero el barco se sacude y, al mismo tiempo, un marinero pasa corriendo delante de mí. Intento hacerme

a un lado, pero el escalón está húmedo y me resbalo. El barco da un tumbo. Me tambaleo hacia atrás, pero en vez de golpearme contra el suelo de madera, me caigo en la oscuridad.

Suelto un grito profundo mientras agito los brazos y las piernas en el aire. Acto seguido, mi espalda choca con violencia contra la superficie del océano, y me quedo sin aliento. El agua me llena los oídos y la nariz y me comienza a tragar.

CAPÍTULO 9



Cole

EL GRITO DE LISA SUENA DESGARRADOR. ME VUELVO Y NO LA veo por ningún lado. Me apresuro hacia la barandilla.

La gente, el barco y las olas se mueven con lentitud, como si estuvieran semiparalizados bajo la luz de la luna. El viento sopla, las olas rompen contra el barco, los hombres gritan, y las velas flamean. Pero mi corazón suena más alto que todo y me resuena en los oídos. Mi cuerpo está clavado en ese sitio y la sangre se me convierte en hielo.

Un instinto se apodera de mí. No la puedo dejar atrás.

—¡Hombre al agua! —grito—. ¡Echen las anclas! —Luego bajo corriendo y miro alrededor, pero no la veo. El estómago se me hunde. A pesar de los gritos de protesta de mi tripulación, salto al océano.

Respiro profundo. El agua me abraza con una resistencia suave y me amortigua la audición cuando me hundo. Una oscuridad helada me rodea. Varias olas enormes me jalan hacia abajo, una tras otra,

sin darme respiro. El océano está frío y hace que mi cuerpo no pese nada, y la camiseta me da un cosquilleo mientras intento moverme. La sal me hace arder los ojos en la oscuridad. Se me dificulta nadar mientras miro alrededor sin ver nada. De pronto, por fin, veo unas extremidades pálidas que se agitan en la negrura. Nado hacia ella mientras intenta mantenerse sobre la superficie.

Cuando la alcanzo, los pulmones padecen la falta de aire. La tomo por la cintura y la jalo hacia arriba. Comienzo a nadar dando brazadas largas y dolorosas. Los pulmones me arden e intento mantener la cabeza sobre el agua. Jadeo y tomo aire como si fuera cerveza.

Lisa se encuentra en mis brazos, su cabello está empapado y enmarañado. Parpadea e inhala desesperada, aterrorizada.

Los dos movemos las piernas y los brazos para mantenernos a flote. La sostengo cerca con un brazo mientras nado con el otro.

—Te prometí que no permitiría que nada malo te ocurriera —le susurro—. No mientras seas mía.

Ella se sacude y tiembla en mis brazos, y la abrazo con más fuerza. El barco aún se encuentra bastante lejos, pero está disminuyendo la velocidad. Han echado las anclas y pronto mis hombres bajarán un bote para venir a rescatarnos. Con un brazo envuelto en lo más precioso que he sostenido en mi vida, continúo nadando con lentitud hacia el barco.

Solo espero que la consecuencia de salvar a Lisa no sea morir en una batalla contra el barco que nos está persiguiendo.

Debo dejarla ir antes de que pase algo peor. No me creo del todo que haya viajado en el tiempo, pero sé que ella lo cree. Ella es pura y honesta, y no tiene ni una pizca de mentirosa en su ser. Lo puedo sentir.

Y, si por un momento de demencia, me permito creer que ella podría estar en lo cierto, que se puede viajar en el tiempo...

Los objetos extraños que llevaba en los bolsillos, la forma de hablar, sus prendas, lo que me contó de su prometido... todo eso es prueba de su verdad.

¿Y qué?

Si es una viajera en el tiempo, se marchará tarde o temprano. Es mejor que se marche antes de que la lastimen... o la maten.

Cuando me imagino que se marcha, me quedo sin aliento, y el agua me aprieta por todos los frentes como si el océano fuera un ataúd.



LISA

TRANSCURRIDA UNA ETERNIDAD, ME ENCUENTRO ENVUELTA POR el cuerpo poderoso de Cole. Estamos acostados en su cama, bajo el pretexto de que me tiene que hacer entrar en calor. Cole me está acurrucando por la espalda, tiene un brazo y una pierna encima de mí y me aprieta la erección caliente contra el trasero. En todo el mundo, no existe una manta más cálida y segura que su cuerpo. Los dos estamos debajo de las sábanas. Capitán Barbazul está durmiendo en su jaula que, de nuevo, se encuentra cubierta.

Por fin dejo de temblar, el calor corporal de Cole me regresó a la vida. El agua no estaba tan fría, pero la conmoción y el peligro me hicieron tiritar.

Me siento pesada y cansada, como si tuviera todo el cuerpo lleno de arena. Si pienso en la noche que he tenido, me mareo. Se me

expandieron las terminaciones nerviosas, y he sentido cosas que nunca antes había experimentado. Me duelen los músculos del agotamiento. Pero, a pesar de todo, me siento a salvo. Aceptada. Protegida.

La conexión que tuvimos en lo alto del mástil ha regresado.

—¿Aún quieres que me marche? —le pregunto y me vuelvo para yacer de espaldas y mirarlo a la cara.

Sus ojos caen sobre mí, oscuros, cálidos y acechados.

—¿De verdad has viajado en el tiempo? —me pregunta.

Asiento.

—Sí, de verdad. Sé que suena descabellado. Pero si sientes algo hacia mí, si confías en mí, si lo que pasó entre nosotros ha significado algo para ti, por favor, créeme.

Me sostiene la mirada con esos ojos intensos, inquisitivos y minuciosos. Y yo no aparto la vista.

—Te creo, Lisa —dice—. Por eso, debes marcharte.

Suelto el aliento. Me cree. Eso significa que hay algo entre nosotros, y no me rendiré.

—Me debes una respuesta, Cole. ¿A qué le temes?

Cole cierra los ojos un instante, como si intentara calmar un dolor distante en alguna parte de su cuerpo. La nuez de Adán se mueve cuando traga saliva e inhala bruscamente.

—Si te quedas un solo día más, te daré el poder de destruirme.

Se me tensa el pecho y me duele la garganta.

—¿Cómo dices?

Cuando Cole abre los ojos y me mira, veo tristeza en ellos.

—Porque eres un sueño hecho realidad. Una pócima de vida para los moribundos. Una sirena que le canta con dulzura a un marinero al que no le queda más opción que seguir su canto hasta la muerte. Tarde o temprano me dejarás. Y cuando lo hagas...

Un tornado de emociones se desata en mi interior; me abre el pecho y me llena el corazón de alegría y adoración. Es tan dulce como el primer día cálido de la primavera y tan hermoso como el canto de un canario. Me toca todas las células del cuerpo y me las enciende como un árbol de navidad.

Reconozco el sentimiento y, sin embargo, nunca en mi vida me he sentido así. A pesar de que estaba enamorada de Hank, la intensidad de esto es como subir el volumen de la música al máximo hasta que el contrabajo resuena en todo el coche.

Me estoy enamorando de Cole.

Pero debo marcharme. Él tiene razón. No me quiero ir «ahora», pero al final me pondré el colgante y lo dejaré para siempre.

¿No es cierto?

No digo nada. No tengo palabras. Porque lo que me acaba de decir me hace eco en el corazón, como un diapasón. Me vuelvo a hundir en sus ojos, en el peligro negro y contagioso que ellos guardan. Le tomo el mentón en mis manos y me estiro para besarlo.

Cuando nuestros labios se tocan, siento el aleteo de mariposas que me provoca una oleada de excitación en todo el cuerpo. Nos volvemos a besar, con más intensidad y, a la vez, más dulzura. Cuando su lengua se sumerge en mi boca, las venas se me encienden en llamas y me pierdo. Ya no me pertenezco. Soy suya, estoy perdida en el poder de sus manos tiernas, estoy derretida ante la presión de su cuerpo poderoso que me hace disolver en él.

Me hace total y absolutamente suya.

Él ahueca las manos contra mi rostro y continúa adorándome la boca. Me recorre el cuerpo con una mano, me provoca y me excita. Se detiene en un pecho, y me arqueo contra sus brazos para darle más acceso. Cole gruñe y baja la boca a mi seno para comenzar a succionarlo, mordisquearlo y provocarlo con los dientes antes de

devorarlo entero. Me estremezco y le apoyo las manos a ambos lados de la cabeza. Cole me mira.

—Aguarda —jadeo—. No tan rápido.

—Rápido, preciosa. Así es como te quiero.

—Por favor, Cole. Si esta es la última vez...

Las palabras se me atragantan en la boca, y un dolor me desgarran la garganta. Sus ojos se han ensombrecido de dolor.

—Si esta es la última vez —repito cuando recupero el control de mis emociones—, no quiero que me ates las muñecas, ni me amordaces, ni me azotes o me nalguees. No hay apuro. Déjame hacerte el amor a mi manera. Déjame mostrarte cómo me siento con mi cuerpo. Quiero saborear hasta el último instante contigo.

CAPÍTULO 10



Cole

ELLA SE FROTA CONTRA MÍ, Y ME TENSO.

A su manera. Me quiere mostrar lo que siente por mí. ¿A qué se refiere?

—Pues, demuéstramelo —acepto.

Ella me da esos besos suaves que me encienden más que el contacto con su cuerpo desnudo.

Se pone de costado y me hace acostar de espaldas. Luego me vuelve a besar, sus labios rozan los míos como si estuviera saboreando una comida dulce y tierna.

Sin dejar de besarme, se coloca sobre mí y me acaricia el pecho, desencadena mi deseo y me hace arder. Lisa me va bajando por el mentón, el cuello y el pecho. Sin detenerse, continúa hasta el estómago.

Es tan hermosa, aún con el cabello humedecido que le cuelga en mechones largos y despeinados. La piel le brilla bajo la luz tenue de las lámparas. Sus pechos cuelgan sobre mí, llenos, maduros y

dulces, perfectos para mis manos. Con la mirada, recorro la cintura estrecha que da paso a unas caderas redondeadas y a una curva suave en su vientre. El cuerpo de Lisa me seduce. En el pasado, he cumplido unas cuantas fantasías eróticas, pero esta mujer... Lisa me toca de maneras que nadie nunca me había tocado. Ella parece entenderme como nadie me ha podido entender jamás. Lo único que ven las mujeres en mí es peligro; un hombre que no teme satisfacerlas como ellas quieran. De formas prohibidas.

Pero ella me satisface. En el corazón. En el alma.

Y está a punto de marcharse. Ella misma lo ha dicho: tarde o temprano, se marchará.

Y yo «no» puedo soportarlo. No puedo despedirme de ella.

Lisa continúa lamiéndome y mordisqueándome el estómago, y luego se dirige a mi miembro pulsante.

—Te quiero dar el mismo placer que tú me has dado —susurra—. Quiero enviarte a las estrellas, como tú lo has hecho conmigo.

—Ya estoy en las estrellas porque estoy contigo —le respondo en un murmullo.

Una sonrisa dulce le ilumina el rostro, y baja la cabeza para lamirme la punta del miembro y me provoca una descarga de deseo. Se introduce la cabeza en la boca, y no logro contener un gemido bajo y animalesco que se me escapa de la garganta. Cierro los ojos al tiempo que mi miembro sigue desapareciendo en la boca de Lisa. Con la lengua, me tortura dulcemente y acto seguido comienza a chuparme.

—Oh, Lisa —me oigo gemir—. Sí, eso es.

Ella gime como respuesta y duplica los esfuerzos. Me encuentro nadando en un océano de dicha, en un cielo de calor ardiente. Mi erección se hincha y se tensa, inhalo profundo para no explotar de placer en ese preciso momento.

Porque yo también debo mostrarle cómo me siento.

—Preciosa. —Me incorporo y le quito un mechón de cabello humedecido de los ojos—. Ven aquí. Tengo que tenerte. Tengo que...

La jalo con suavidad de los hombros, y ella me mira a los ojos, satisfecha como una gatita que acaba de comerse un bol de crema.

Hundo un dedo entre sus dulces pliegues para asegurarme de que esté lista. Lisa está tan húmeda de la excitación que me endurezco aún más. Coloco la erección en su entrada. Ella me clava la mirada, y veo hambre, adoración y algo que nunca antes había visto en los ojos de una mujer. ¿Será amor? Se me contraen los pulmones. No puede ser. Pero, de momento, creeré que lo es. Me introduzco en ella centímetro a centímetro.

Lisa me recibe apretando las paredes suaves y sedosas, y gimo cuando arquea la espalda y suelta un gemido ronco. Comienza a moverse hacia arriba y abajo, aumentando el ritmo de a poco, apretándose contra mí y derramando un placer más embriagante que el ron por mis venas. El acto es dulce. Solo estamos ella y yo. Nuestras miradas encontradas que me permiten ver la profundidad ámbar de su alma.

Le pongo las manos en los pechos, se los masajeo y le acaricio los pezones endurecidos con los dedos porque, en alguna medida, siento que esto intensificará su placer.

Ella se aprieta contra mí y mueve la pelvis contra mi miembro.

Es como si estuviéramos conectados, como si ella fuera una continuación de mi ser, y yo del suyo. Como una diosa del mar, se eleva y se desploma con las olas, y yo debo tenerla. Pensar que ella me pertenece, que soy el único dueño de su placer, y que le puedo dar todo lo que desee hace que se me expanda el pecho de alegría.

A Lisa se le ruborizan las mejillas, respira entre jadeos, y varios gemidos de placer se le escapan de la boca.

Sé que está cerca de la cima.

—Oh, Cole —susurra—. ¡Oh, cielos!

La penetro con ternura y muevo las caderas en círculos. Lisa jadea como agradecimiento. Aumento la velocidad de los embistes, y Lisa aprieta la cara interna de los muslos contra mí, lo que es suficiente para llevar mi placer a la cima.

De pronto, la siento llegar. Lisa se deshace en mis brazos. Albergado en su interior, siento que me drena, dejo escapar un gemido grave y mi propia liberación me cubre como una ola gigante. Lo único que logro ver es a ella, que está hecha de estrellas. Una dulce agonía me invade y me arrasa por completo.

Sé que ya no estoy solo. Porque mi corazón está lleno con Lisa y siempre lo estará.

—Oh, Cole —susurra mientras se recuesta sobre mí y respira con dificultad—. Oh, Cole.

Nuestros pechos suben y bajan al unísono, y sé que no quiero que esto se acabe. No quiero que se marche.

Pero si se quiere ir, será mejor que lo haga ahora. Porque no soportaré que me haga enamorarme de ella y luego me abandone.

La beso en la frente y la hago a un lado con suavidad. El corazón me pesa, mi cuerpo sigue procesando las consecuencias del acto amoroso y, a pesar de todo eso, me dirijo hacia el baúl donde está guardado el colgante de jade.



LISA

AÚN CUBIERTA DE SUDOR, CALIENTE Y MALEABLE, VEO QUE Cole se detiene ante el baúl, extrae las llaves del cinturón que yace cerca de allí y lo abre. Me siento en la cama y me cubro con una sábana, no porque tenga vergüenza de estar desnuda, sino porque necesito protegerme del dolor del rechazo que se comienza a expandir en mi corazón.

—Cole...

Él revuelve un poco y extrae el colgante, que brilla en la luz tenue del camarote y le cuelga de los dedos. Siento un escalofrío en los brazos y las piernas.

Cole regresa a mi lado y me lo entrega.

—Ten —dice con la voz ronca, los ojos sombríos e intensos—. Aquí tienes tu libertad, Lisa. Has cumplido tu parte del acuerdo. Te puedes marchar.

Me pongo de pie y me envuelvo la sábana alrededor del cuerpo.

—No. ¿Por qué no me crees cuando te digo que me quiero quedar?

Cole cierra los ojos unos instantes y aprieta el mentón. Cuando me vuelve a mirar, veo agonía pura en sus rastros.

—Porque no es a mí a quien quieres. Sino a la nueva versión «de ti misma» en que te has convertido.

—¿Cómo dices?

—Al igual que todas las mujeres con las que he estado, tú buscabas una aventura. Algo excitante. Portarte mal. Y, tarde o temprano, todas se marchan, luego de obtener lo que buscaban.

—No. No. Para mí es distinto. Tú me importas, Cole. Es en serio.

—Tómalo. —Me deposita el colgante en las manos, y lo sostengo temblando—. Póntelo. Adelante.

Inhalo profundamente. Acto seguido, alzo la cabeza.

—Aguarda, aún me queda una pregunta.

Cole se cruza de brazos, y se le forma una arruga entre las cejas.

—Estás poniendo a prueba mi paciencia, preciosa. Ya me has hecho la última pregunta.

—Y no la has respondido.

Cole suspira y asiente con una expresión de dolor en el rostro.

Me humedezco los labios. Tengo la boca seca y cálida. La mente se me acelera. ¿Qué le puedo preguntar para que me permita quedarme?

Alguien llama a la puerta. Nos volvemos y vemos a Jenkins asomándose. Cole aún está desnudo, y yo envuelta en una sábana.

—Capitán. —Jenkins se muestra preocupado—. El barco está a cinco millas náuticas. Y ha cambiado de bandera. Ya no navega bajo la británica.

Cole sale disparado hacia el clóset y se pone prendas secas.

—¡Maldita sea! —escupe la maldición y se apresura hacia la puerta. Pero antes de desaparecer, se vuelve hacia mí. Sus ojos parecen febriles y ardientes como dos carbones en llamas. Me mira durante un instante prolongado, y veo tanto dolor en sus rasgos que hacen eco en mi interior y me tiemblan las manos. De pronto, aparta la vista y observa el colgante de jade que sostengo en las manos.

—Cuando regrese, será mejor que no estés aquí.

La puerta se cierra a sus espaldas con tal rotundidad que me duele el pecho.

CAPÍTULO II



Cole

A TRAVÉS DEL CATALEJO, VEO QUE EL BARCO QUE SE ACERCA ES una fragata. Contra el cielo de la noche y las estrellas, hay un espacio vacío donde debería estar la bandera.

Eso significa que la bandera es negra.

Es un barco pirata.

Un pirata que intenta alcanzarnos con desesperación. Y no creo que sea para saludarnos con un beso en la mejilla.

Es posible que hoy se derrame sangre. Y prometo que no será la de mi tripulación.

Pero debemos ponernos en posición de ventaja.

El barco que nos persigue es rápido, viaja a toda vela y no se detuvo mientras rescataba a Lisa.

Jenkins se encuentra de pie a mi lado, al igual que el jefe de armas y de tripulación, Bowles.

—Se aproxima rápido —Jenkins repite mis pensamientos en voz alta.

Vuelvo a mirar por el catalejo. El horizonte frente al barco comienza a iluminarse. Para cuando nos alcancen nuestros perseguidores, el sol estará saliendo.

—Están a cinco millas náuticas —digo—. Bowles, preparen las armas. Cuando estén al alcance de los disparos, les serviremos hierro para que lo mastiquen durante el desayuno.

Echaremos anclas, viraremos el barco y dispararemos. Pasaremos de ser presa a depredador.

—Sí, capitán.

—Jenkins, quiero que todos los hombres estén armados con pistolas o alfanjes.

—Sí, capitán,

Jenkins se marcha para gritar la orden y preparar a los hombres.

El caos del barco que se prepara para la batalla se desata a mi alrededor, pero yo no quito la vista del catalejo. Y no permito que mis pensamientos se dirijan a mi camarote.

A Lisa.

¿Se habrá marchado? ¿Seguirá allí?

El corazón se me llena de astillas dolorosas, como si me hubieran disparado una bala de cañón al pecho. Este es el destino que me aguarda. Ninguna mujer me amará, y pensar o esperar lo contrario es un error. Un error del que aprendí hace mucho tiempo.

El tiempo avanza, nuestros perseguidores se acercan más, y el cielo se sigue aclarando. Con los primeros rayos del sol, puedo ver mejor el barco, la bandera negra, y hasta puedo distinguir a algunas personas en la cubierta. Entrecierro los ojos para ver si reconozco al capitán pirata que me persigue, pero aún se encuentra demasiado lejos.

Sin embargo, pronto se acercan.

—¡Suelten anclas! —grito, y el jefe de armas repite mi orden.

Con un fuerte salpicón, las anclas caen.

—¡Sujétense! —grito aferrándome al cable más cercano. El barco dobla para posicionarse, y luego salgo corriendo hacia el otro lado ahora que estamos cara a cara con la proa de nuestro enemigo. Podemos disparar en el punto más vulnerable de la fragata. Tomo el catalejo y subo el brazo listo para dar la señal de fuego.

Ahora que estamos lo suficientemente cerca, y hay bastante luz para ver a la gente en la cubierta, vuelvo a mirar por el catalejo.

Y lo que veo hace que se me hunda el estómago y se me caiga la mandíbula al suelo.

Sobre el casco del barco, se encuentra James, que abraza a una mujer de cabello azabache por los hombros, y me saluda.

Tiene una sonrisa de oreja a oreja y mueve el brazo de un lado al otro. La mujer que lo acompaña es hermosa y también sonrío, aunque está un poco nerviosa. James se lleva las manos a la boca y me grita algo.

—¡No disparen! —grito—. ¡Es el capitán James Barrow!

Mi tripulación emite unos suspiros de sorpresa y se relaja visiblemente. Hoy no habrá ninguna batalla.

El corazón me late descontrolado.

¿Será que James encontró a una mujer? Se lo ve tan feliz...

El corazón se me encoge, y me duelen los pulmones. Si James encontró una esposa, una mujer que lo haga feliz, estoy contento por él. Sé cuánto ansiaba eso y cuánto daño le causó Anne.

El mismo daño que la duquesa de Chestwiche me causó a mí.

Y ahora, yo también tengo una mujer que me desea. Pero la hice a un lado, como la duquesa de Chestwiche me hizo a un lado a mí.

Sin embargo, lo que he sentido con Lisa, la dicha de una conexión verdadera, de una compañera, de un... amor...

Me estoy enamorando de ella.

He estado evitando arriesgar mi corazón sumergiéndome en los placeres físicos.

Con Lisa, encontré las dos cosas. La conexión del corazón y del cuerpo.

No. No estoy listo para dejarla marchar. La tendré durante todo el tiempo que se quiera quedar. Si se quiere quedar hasta mañana, se quedará hasta mañana. Y la dejaré marchar si eso es lo que quiere. Me matará, pero no la retendré prisionera contra su voluntad.

Le pediré que se quede.

Si no es demasiado tarde.

Me doy vuelta y echo a correr hacia mi camarote.

El barco, el océano y los rostros sorprendidos de mi tripulación pasan volando. La brisa me empuja como si intentara detenerme.

Por fin me detengo delante de la puerta del camarote, atravieso la antesala y abro la puerta de la recámara.

Se me detiene el corazón. La cama está vacía, Lisa se ha ido.

Y luego la veo agachada delante del tesoro. Está guardando el colgante.

Se vuelve, y sus ojos dorados arden. Me ofrece una sonrisa de felicidad.

Echa a correr y, cuando se lanza a mis brazos, se me expande todo el cuerpo. «Mía, mía, mía», repite mi corazón.

—Mía —susurro contra su cabello sedoso e inhalo el aroma a sol y mar.

—Tuya —susurra Lisa.

Busco su boca, que es deliciosa, suave y aterciopelada, y me hundo en ella. Lisa responde con la misma necesidad, el mismo deseo. Transcurrida una feliz eternidad, me aparto.

—¿No te has marchado? —murmuro contra su boca. Tengo la frente apretada contra la suya, y la miro a los ojos. Nuestras almas también se observan.

—No, te dije que no me quería ir. Me quedaré. Por... un tiempo más.

—Qué bien. Porque si te hubieras marchado, hubiera dado vuelta el mundo buscándote por todos los mares y todos los tiempos.

—Aún me queda una pregunta, Cole.

—De ninguna manera, preciosa.

—Entonces, una cuarta pregunta. Pero es la más importante.

—Hazla.

—¿Crees... crees que podrías llegar a enamorarte de mí?

Se me expande todo el ser. El alma se me eleva y vuela alto como la bandera de la victoria, abierta como las velas al viento.

—Ya me estoy enamorando de ti, preciosa. No tengo dudas al respecto.

Ella me toma de la mano.

—Qué bien, porque yo también me estoy enamorando de ti.

El corazón me explota de alegría y esperanza, de todos los sentimientos que me prohibí sentir. Por fin, encontré a una mujer que me ama. Por fin, tengo la oportunidad de ser feliz.

¿Quién iba a saber que esa mujer sería del futuro?

CAPÍTULO 12



L^{isa}

VER A COLE SENTADO AL LADO MÍO DURANTE LA CENA EN SU camarote me provoca algo. Las piernas se me derriten y las venas se me llenan de un gas sonriente. Su rodilla roza la mía debajo de la mesa. Inhalo su aroma limpio mezclado con el del océano. Me devora con los ojos y me ofrece una sonrisa traviesa y algo pícara. Lleva la mitad del cabello recogido en una coleta, y el resto le cae por los hombros enormes.

Es mi hombre.

La felicidad me resuena en todas las células del cuerpo. Y no veo la hora de explorar los contenidos de su baúl fetichista.

Pero tendré que ser paciente porque Samantha y James también están sentados a la mesa. Estoy muy aliviada de que Samantha se encuentre bien y estoy contenta de verla.

Es el atardecer del día en que su barco nos alcanzó. El cocinero a bordo nos preparó una cena íntima para celebrar a la luz tenue de las lámparas. Parece una cita doble.

James le sonríe a Samantha, es una combinaci3n de arrogancia y timidez.

—Samantha, te dije que conocer al chico indicado te haría cambiar la forma de ver el amor —señalo.

Ella pone los ojos en blanco para burlarse de mí.

—Tenías raz3n, amiga. Tenías raz3n.

Me río. Ella parece como si perteneciera a este siglo. Tiene puesto un precioso vestido amarillo, con cors e y todo, que tiene un diseño de flores amarillas pastel y un escote cuadrado con encaje blanco. Hasta el peinado que tiene es del siglo XVIII. James lleva puesta una camiseta y un chaleco azul que le resalta el bronceado y los ojos violetas. Su cabello está recogido en una trenza corta.

Soy la única que aún lleva puestas prendas modernas, aunque Samantha me prest3 uno de sus vestidos. Las dos viajamos al pasado en el mismo momento, pero de algún modo, ella ha estado aquí durante un mes, y yo, solo una noche.

Vuelvo a mirar a Cole y me quedo sin aliento. Lleva la camiseta blanca desabotonada y el pecho bronceado le queda al descubierto. Quiero recorrerle los pectorales con la lengua, bajar hasta esos abdominales que parecen una tabla de lavar y seguir bajando...

Oh, cielos. Tengo el rostro en llamas. Nunca en mi vida he tenido tantos pensamientos libertinos, mucho menos delante de amigos. Los ojos de Cole arden y me sostienen la mirada.

—Y t  también, Cole —agrega James—. Sabía que iba a llegar la mujer indicada.

—Por las mujeres del futuro —brinda Cole. Todos nos reímos, alzamos las copas de oporto y bebemos.

— Te puedes creer que no haya mujeres que nos hagan felices en nuestro siglo? —continúa James—. El destino las tuvo que enviar a ellas dos del futuro.  Qu  tan malos seremos, Cole?

Cole se ríe y aprieta el hombro de James.

—Malos. Muy malos.

—Pero, en realidad, no fue el destino —repite Samantha—. James me dijo que ha sido ese hombre que ustedes conocieron, el que abrió un bar en Nasáu. Adonis, el que tenía la serpiente.

—Dijo algo del vudú —agrego—. Quizás sea un sacerdote vudú o algo por el estilo.

—Sea como sea —dice Cole—, nos ha hecho un gran favor. Le estaré eternamente agradecido de que me haya enviado a Lisa.

Nuestras miradas se encuentran, y una ola de calor nos invade. Se me acelera la respiración, y quiero montarlo en este mismo instante.

—Cielos, búsquense una habitación —bromea Samantha y se ríe—. Lisa, nunca antes te había visto así. Tan libre.

Ella se inclina sobre la mesa, se pone seria de repente y fija la mirada en Cole.

—Escúchame bien, Cole. Si permites que la lastimen o tú mismo la lastimas, te juro por Dios que te mato. Te buscaré por las Indias que sean, Orientales u Occidentales, y te lo haré pagar.

Cole se ríe, baja la mirada y me mira.

—El único dolor que planeo darle es el que ella me va a rogar sentir.

—Oh, por todos los cielos, es demasiada información, amigo. —Samantha arroja los cubiertos sobre el plato, que causan un estrépito tal que despiertan a Capitán Barbazul. El perico comienza a graznar en protesta.

—Cacha. Cacha. Cáchate.

—Oh, pobrecito, se ha despertado. —Me pongo de pie, me acerco a la jaula y levanto la sábana.

—Se llama Capitán Barbazul —comenta James—. Cole lo rescató.

—Oh, y a él le encantan los animales, Lisa. Es el hombre de tus sueños —señala Samantha.

—Así es. —Vuelvo a mi silla y le acaricio el mentón a Cole.

—Estamos muy agradecidos de que nos lleven a Cuba. Viajar con amigos será mucho más agradable que a bordo de la fragata del capitán Nielson —añade James—. Creemos que será más fácil comprar una casa de campo y una plantación en una isla grande y pasar desapercibidos entre los dueños de las plantaciones con una nueva identidad. Vamos a abrir una empresa comercial, y Samantha me ayudará a administrarla.

—¿Cómo nos encontraron? —pregunta Cole.

—Nos encontramos con Adonis —dice Samantha—. Ha regresado a su bar. Nos ha dicho que estaban por aquí, y James contrató a un barco para venir a buscarte. Esperaba encontrarte aquí, Lisa.

—Samantha, soy tu servidor —le dice Cole—. Tú lo ayudaste a encontrar el tesoro y le has cambiado la vida. Le has devuelto la paz. Lo veo tan claro como la luz del día.

—Oh, Samantha, está será una gran vida para ti —sostengo.

—Sí. ¡Tengo a un hombre que me ama y me hace feliz, y vamos a tener un negocio juntos y vivir en el Caribe! El siglo XVIII es tremendo.

Cole se inclina hacia James y susurra:

—¿Entiendes todas las palabras que dicen?

—Debo admitir que no. Pero disfruto mucho oír esas expresiones interesantes del futuro.

Samantha y yo nos reímos.

—Por nosotros cuatro. —Propongo un brindis—. Por Adonis, que nos unió, por el amor que cruza el tiempo y el espacio, y por esa capacidad de abrirse y cambiar que hace que cualquier cosa sea posible.

Brindamos con sonrisas de felicidad, beso a Cole, y Samantha besa a James.

—Arrójalo por la borda, arrójalo por la borda —canta Capitán Barbazul—. Sí, arrójalo por la borda...

Todos nos reímos, y me hundo en las olas de felicidad que revientan en mi interior. Estar con el hombre que amo y ver que mi mejor amiga ha encontrado la felicidad con un hombre maravilloso hace que se me encoja el pecho y se me llene de alegría.

Miro a Cole y le aprieto la mano bajo la mesa, y por más que solo estamos compartiendo una caricia, siento que él sabe lo que estoy pensando y sintiendo, porque es lo mismo que reflejan sus ojos.

Me inclino hacia él y le susurro:

—Eres la mejor aventura que me ha pasado y la más salvaje también. Y estoy ansiosa de ver qué nos depara la vida, siempre que esté a tu lado.

—Preciosa —me susurra con los ojos en llamas—. Créeme, la próxima aventura que te espera a ti yace dentro de ese baúl al que calificas de fetichista... en cuanto nuestros queridos amigos nos dejen a solas. Te prometo que nunca te aburrirás conmigo.

CAPÍTULO 13



Tres meses después

LISA

EL AROMA A MADERA Y OCÉANO ME ENVUELVE. EL SUELO SE hunde bajo mis pies y pronto se vuelve a elevar. Las olas salpican en algún punto cercano.

Un hombre emite sonidos profundos y animalescos. Reconozco la voz. Se me encoge el pecho del dolor más dulce.

Me siento en el suelo y la mochila me pesa sobre los hombros. Los tablones me arañan los dedos y la piel desnuda de las piernas.

Siento una ola de felicidad en el estómago.

Sé dónde estoy. «Estoy donde pertenezco».

Abro los ojos y observo la luz dorada y anaranjada del sol poniente que se cuelga por la ventana grande.

La ventana de Cole. Estoy en su camarote. Veo la cama familiar con las sábanas arrugadas y el espejo que cubre el cielorraso.

Luego me concentro en los baúles con tesoros y juguetes fetichistas de siglos pasados.

Él está desnudo, sentado sobre la silla grande y casi me da la espalda. Gime y gruñe al tiempo que mueve la mano rítmicamente hacia arriba y hacia abajo. Respiro el aroma acre a hombre y a sexo.

«Oh, solo míralo, es hermoso». Los bíceps se le tensan mientras mueve el brazo, y veo el estrés en los músculos de su abdomen. Tiene la cabeza inclinada hacia atrás. El cabello largo y negro le cae sobre los hombros.

Un dolor penetrante se me expande en el pecho. Lo eché mucho de menos. Las dos semanas que pasé en Nueva Jersey, doscientos años en el futuro, fueron una tortura. Había contado los segundos para regresar. No podría estar más segura de mi decisión de quedarme con él, sin importar el siglo.

Verlo así, como la primera vez que llegué, hace que se me cierre la garganta en anticipación y amor. ¿Está pensando en mí? Espero que sí.

La piel me cosquillea, y se me corta la respiración. Dejo la mochila, me pongo de pie y las piernas me tiemblan mientras camino hacia él.

Él se vuelve hacia mí, alarmado al principio y luego...

Cole me observa con sus ojos negros que destellan lujuria. Su mirada me recorre el rostro, se detiene en mis labios y continúa bajando por mi cuerpo como una caricia.

—Eres un sueño hecho realidad —me dice.

Estoy hipnotizada, atornillada en el suelo bajo un trance que me consume entera. Él es el hombre más poderoso del mundo.

Me incinera con el calor de sus ojos. Me hace sentir como una diosa.

—Has regresado —susurra.

Pensar que un hombre como él sea tan vulnerable y se haya abierto a mí, me ame y espere mi regreso me hace sentir mareada. Lo amo más que a nada.

—¿Pensaste que no regresaría?

—Mi vida estaría condenada si no regresaras —responde.

Me arrodillo entre sus piernas y le apoyo las manos sobre los muslos. La erección grande y pesada, con venas gruesas, se retuerce bajo mi mirada intensa.

—La angustia que me has hecho sentir casi me mata —me dice—. Me dijiste que solo te irías una semana.

—Perdón. Me llevó más tiempo. Pero te prometí que regresaría.

—No pensé que lo harías. Y tampoco te hubiera culpado.

—Te amo, Cole. Me hubiera muerto allí sin ti.

Él inspira hondo.

—¿Y tu hotel de mascotas? —pregunta.

—Lo vendí. Tú me haces tanta falta como el aire que respiro. El hotel de mascotas no. —Me quemo, me derrito y respiro hondo—. Me despedí de mi familia y de mis amigos. No regresaré. Mi vida está aquí, contigo. Si me quieres.

Cierra los ojos un instante como si estuviera absorbiendo mis palabras que parecen relajarlo como una droga.

—Te tendré de todas las formas que pueda. —Se inclina hacia adelante, y veo un destello travieso en sus ojos—. Quizás debería castigarte por haberte demorado tanto en regresar a mi lado.

Inspiro hondo y reprimo una sonrisa.

—¿Castigarme? —susurro, y la sangre de mis venas se convierte en fuego.

—Oh, sí, preciosa. Quiero amarrarte para que nunca más me vuelvas a dejar.

Me toma las manos, se incorpora, y yo lo sigo. Su boca desciende sobre la mía en un beso desesperado y lleno de hambre. Gimo, y él me hace separar los labios. Su boca es suave y demandante a la vez. Me succiona la lengua con ternura, y todos los músculos y huesos de mi cuerpo se reducen a estado líquido.

Cuando interrumpe el beso, estoy sin aliento.

Cole comienza a quitarme la ropa con lentitud. Primero, la blusa, luego los pantalones cortos, la ropa interior y, por último, el sostén.

El corazón me late desbocado en el pecho, y todo el cuerpo me palpita. Cole se dirige al baúl fetichista y regresa con varias sogas cortas, una larga y blanca y una fusta.

Me envuelve la soga larga alrededor del torso, debajo y encima de los pechos. Por detrás, me pasa la soga por el hombro y, acto seguido, por la línea debajo de los senos. Repite los movimientos varias veces y luego lleva a cabo el mismo procedimiento en el otro hombro. La tela me abraza la piel, me corta la circulación de sangre en los pechos y me los deja expuestos a su merced.

Cole toma una de las sogas cortas y la ata con la más larga, me la baja por el estómago, me la pasa por el lateral izquierdo del sexo y entre las nalgas antes de atarla a mis espaldas. Acto seguido, la vuelve a pasar por delante, por el lado derecho, y la ata a la soga debajo de mis pechos. La tela se aprieta contra mis labios y me estimula de maneras que nunca antes había experimentado.

Cole me hace sentar en la silla.

Jadeo y suelto el aliento.

—¿Qué...?

—Silencio, preciosa —susurra.

Me sujeta los brazos y los ata a los de la silla con otras sogas más cortas. Todos los nudos están firmemente apretados y me hacen sentir indefensa por completo.

A continuación, me sube la pierna derecha, la dobla y me la ata al pecho. Hace lo mismo con la pierna izquierda, y mi zona más íntima queda expuesta sin remedio. Cole ya conoce cada centímetro de mí, pero esto es diferente. Me encuentro desamparada.

—Cole... —susurro.

—Siéntelo, preciosa. Este es tu castigo. Así es cómo me sentí cuando te marchaste: a tu merced.

No me había esperado esto. No tenía ni idea de que mi regreso al siglo XXI lo había hecho sentir de este modo.

Estoy excitada. Lo cierto es que esto no se siente cómodo a nivel físico, pero «eso» es lo que menos me importa. El nivel de exposición me hace arder las mejillas. Me siento como la cena en un plato: estoy allí para que me devoren. Cole puede ver cada centímetro de mi ser, y cada centímetro le pertenece. Él puede hacer lo que se le dé la gana conmigo, y yo no puedo hacer nada de nada al respecto.

Por eso es importante la confianza.

Después de todo el entrenamiento y de todas las cosas deliciosas y fetichistas que me ha hecho en el transcurso de los últimos meses puedo decir que esta es la que más me excita.

—Dime cómo te sientes —ordena.

Trago saliva.

—Indefensa.

—¿Qué más?

—Soy tuya. Completa y absolutamente tuya.

Cole asiente, sus ojos oscuros son como ónix derretido y me observan con minuciosidad.

—Sí, eres mía. Y yo soy tuyo.

—Te he traído algunos regalos, están en la mochila.

Mi mochila está pesada del oro y la plata que compré con el dinero de la venta de mis pertenencias. Pero también está pesada a raíz del otro tesoro.

—Toma lo que quieras —le digo.

Cole avanza hacia la mochila y la revuelve. Veo que se le encienden los ojos de curiosidad al extraer pinzas para pezones, esposas, bolas de Kegel y todos los objetos modernos que pude comprar y que sé que él apreciará.

Cole toma un anillo vibrador en las manos y arquea una ceja.

—Aprieta el botón —le digo.

Cole vuelve a arquear la ceja para interrogarme.

—¿Cómo?

—Aprieta el nudito del costado.

Cole lo examina y encuentra el botón. Lo aprieta con el pulgar, y el anillo vibra. Cole se sobresalta y suelta una maldición, pero no suelta el juguete. Me río.

—¿Qué diablos es esto? —Tiene los ojos abiertos de par en par y observa el anillo de silicona negro.

—Es para el placer tuyo y mío —le respondo—. Te lo pones y... bueno...

Sus labios se estiran para formar una sonrisa pícara.

—Estoy ansioso de explorar estos tesoros del futuro.

Cuando Cole toma la fusta que ya me ha lamido el trasero en varias ocasiones en el pasado, me recorre un estremecimiento de placer.

Se acerca con lentitud, y su erección magnífica se mueve entre sus piernas.

—¿Estás lista, preciosa? —me pregunta cuando se detiene delante mío. El miembro me señala, y me pican los labios de las ganas de introducirme en la boca—. Te voy a dar la bienvenida.

Me pasa la fusta por el cuello y el cuerpo, se detiene en el seno izquierdo y lo azota con ternura. Me sobresalto al sentir una corriente eléctrica de placer. Cole se dirige al siguiente seno, repite el movimiento y me hace jadear. La fusta me sigue bajando por el estómago, me acaricia la piel y de a poco se acerca a mi sexo expuesto. Me pongo tensa y me remuevo en el asiento para acercarme a la fusta que me acaricia la piel sensible.

Cole me da un azote suave, y yo me estremezco y jadeo para respirar porque el placer es demasiado intenso. Entonces me vuelve a azotar. Una y otra vez.

Suelto gemidos pornográficos y me tenso. Tengo el sexo caliente y respiro entre jadeos. Cole se detiene y acomoda la soga para aplicar más presión sobre mis senos. Ya tengo la piel de la zona sensible, enrojecida y cálida. Se inclina y me pellizca los pezones con una mano, luego me los acaricia con el dedo pulgar y el índice mientras me continúa azotando con la fusta. Gimo.

—Eso es. Disfrútalo, preciosa —me ordena.

Los azotes se vuelven más fuertes y un escalofrío me recorre el cuerpo. Quiero tomarlo de las manos y jalarlo hacia mí, introducir ese miembro gigante en mi interior, tan profundo como pueda, y que me comience a embestir hasta que no lo soporte más.

Pero no puedo. Estar así de desamparada es frustrante.

—¿Me quieres tocar, preciosa? —me pregunta al tiempo que se inclina para mordisquearme un pezón.

Arqueo la espada y las sogas se me hunden en el cuerpo e intensifican las sensaciones que ya me abruman.

—Sí —jadeo.

—¿Y cómo te hace sentir el no poder tocarme?

«Es muy excitante».

—Me encanta.

—Mmm. —Me lame un pezón y acto seguido lo succiona. Con la otra mano, mueve la fusta para azotarme el clítoris—. ¿Por qué?

Jadeo al sentir la fusta.

—Porque soy tuya.

Cole suelta un gemido de lujuria.

—Sí, eres mía.

Con la velocidad de un rayo, se aparta, y no siento ni su boca, ni la fusta. Me acomoda las sogas alrededor del sexo para que estén más apretadas, y las sensaciones en esa zona se intensifican.

Enciende el anillo y se lo coloca en la erección. Se arrodilla en el suelo delante de mí y acomoda la erección contra mi entrada húmeda y cálida. Me provoca y comienza a abrirme. La vibración del anillo le agrega un nuevo sabor al placer, y casi me desmayo cuando me penetra.

—Mía —gruñe.

Siento en la nariz el maravilloso aroma de su piel que hace que me dé vueltas la cabeza. Cole se retira y gira las caderas para volver a embestirme. Sus movimientos son lentos y calculados, pero sus embestidas, duras.

Posesivas.

Necesitadas.

Voraces.

Quiero envolver las piernas y los brazos alrededor de su cuerpo y enterrar el rostro en su cuello. Quiero besarlo.

Pero no puedo.

Absorbo mi vulnerabilidad, me expando y me derrito bajo él. De alguna forma, mi sumisión me da fortaleza. Nos disolvemos y nos fundimos en uno, y sus embestidas se vuelven más rápidas y duras.

Cole está perdiendo el control por mí. Y eso le encanta tanto como a mí.

Comienzo a sentir convulsiones en el centro de mi ser.

—Estás acabando —susurra—. Oh, Lisa, estás...

Y él viene conmigo. Es el yang de mi yin. Yo soy su amor, su fortaleza y su debilidad. Y él también representa eso para mí.

Mientras nos deshacemos juntos, me tenso y me dilato alrededor de él, lo bombeo hasta que grita mi nombre como si fuera una plegaria y yo, su religión.

Y yo grito el suyo mientras me hago añicos y me relajo.

Porque con cada aliento que damos juntos, con cada beso y cada acto de amor, me vuelvo más fuerte y sé que él también.

Mis músculos internos se tensan y arden, y sé que, con Cole, me estoy convirtiendo en la persona que debo ser. Y, a partir de ahora, las cosas solo pueden mejorar.

FIN

¿TE HA ENCANTADO LA HISTORIA DE JAMES Y SAMANTHA? LEE mi serie [“Al tiempo del highlander”](#)

OTRAS OBRAS DE MARIAH STONE

AL TIEMPO DEL HIGHLANDER

Sineag

[La cautiva del highlander](#)

[El secreto de la highlander](#)

[El corazón del highlander](#)

El amor del *highlander*

La navidad del *highlander*

El deseo del *highlander*

La promesa de la *highlander*

La novia del *highlander*

En 2022 se publicarán más novelas

AL TIEMPO DEL PIRATA:

El tesoro del pirata

El placer del pirata

En Inglés

CALLED BY A VIKING SERIES (TIME TRAVEL):

[One Night with a Viking \(prequel\)— lese jetzt gratis!](#)

[The Fortress of Time](#)

[The Jewel of Time](#)

[The Marriage of Time](#)

[The Surf of Time](#)

[The Tree of Time](#)

A CHRISTMAS REGENCY ROMANCE:

Her Christmas Prince

ESTÁS INVITADO

¡Únete al boletín de noticias de la autora en mariahstone.com para recibir contenido exclusivo, noticias de nuevos lanzamientos y sorteos, enterarte de libros en descuento y mucho más!

¡Únete al [grupo de Facebook](#) **El salón del romance histórico** para echarle un vistazo a los libros que está escribiendo, participar en sorteos exclusivos e interactuar directamente con la escritora!

RESEÑA

Por favor, deja una reseña honesta del libro. Por más que me encantaría, no tengo la capacidad financiera que tienen los grandes publicistas de Nueva York para publicar anuncios en los periódicos o en las estaciones de metro.

¡Sin embargo, tengo algo muchísimo más poderoso!

Lectores leales y comprometidos.

Si te ha gustado este libro, me encantaría que te tomes cinco minutos para escribir una reseña en Amazon.

¡Muchas gracias!

Mariah

ACERCA DEL AUTOR

Cuando Mariah Stone, escritora de novelas románticas de viajes en el tiempo, no está escribiendo historias sobre mujeres fuertes y modernas que viajan a los tiempos de atractivos vikingos, *highlanders* y piratas, se la pasa correteando a su hijo o disfruta noches románticas con su marido en el Mar del Norte. Mariah habla seis idiomas, ama la serie *Forastera*, adora el sushi y la comida tailandesa, y dirige un grupo de escritores local. ¡Suscríbete al boletín de noticias de Mariah y recibirás un libro gratuito de viajes en el tiempo!

